

EL PODER DE LA INOCENCIA



Oswaldo Rebolleda

EL PODER DE LA INOCENCIA



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
La dispensación de la inocencia	10
Capítulo dos:	
La inocencia de Jesús	24
Capítulo tres:	
La recuperación de la inocencia	38
Capítulo cuatro:	
La inocencia de los santos	51
Capítulo cinco:	
Sombras de inocencia (Parte 1)	63
Capítulo seis:	
Sombras de inocencia (Parte 2)	78

Capítulo siete:

La inocencia ante los conflictos.....90

Capítulo ocho:

¿Cómo gestionamos la inocencia?108

Reconocimientos.....118

Sobre el autor.....120



INTRODUCCIÓN

“Y aunque vosotros antes estabais alejados y erais de ánimo hostil, ocupados en malas obras, sin embargo, ahora Él os ha reconciliado en su cuerpo de carne, mediante su muerte, a fin de presentaros santos, sin mancha e irrepreensibles delante de Él”.

Colosenses 1:21-22

Cuando los seres humanos perdimos la inocencia en el Edén, perdimos la verdad, la capacidad de ver la realidad de las cosas. Una de las dimensiones propias de la inocencia es justamente el realismo, porque nos permite ver las cosas tal como son, sin añadir ni quitar nada a causa de pensamientos y sentimientos viciados.

Esto es muy trascendental. Si los seres humanos pudiéramos asumir la realidad en su justa dimensión, no nos ofenderían tantas cosas, no tendríamos tantas inseguridades, temores ni desdichas. La realidad suele ser mucho más simple de lo que pensamos, pero la culpa derivada del conocimiento del bien y del mal, nos hace perder el buen criterio de juicio.

La inocencia siempre produce una mirada más transparente de las personas y las situaciones, ofreciéndonos un campo de visión absolutamente limpio. Cuando Adán y

Eva vivían en inocencia, estaban desnudos y todo era perfecto, porque no existía un criterio de juicio equivocado. Sin embargo, después del pecado, consideraron que la desnudez estaba mal, porque su forma de ver ahora contenía argumentos en lugar de pureza.

Cuando subimos a un avión, podemos tener todo tipo de pensamientos respecto al vuelo. Podemos pensar en un accidente, en que puede fallar un motor o en que el avión simplemente puede caer. Si nos dejamos llevar por esos pensamientos, sentiremos temor e incomodidad durante todo el viaje. En cambio, cuando un bebé sube al avión en brazos de su madre, puede dormir plácidamente, porque no tiene pensamientos como esos. Es inocente y no conoce el peligro. Si llora, será por otros motivos, pero no por el temor de que el avión se caiga.

La inocencia se fundamenta en el desconocimiento de algunas realidades. Lamentablemente, en la Iglesia hemos convertido los pecados pasados en un estandarte, cuando en realidad la inocencia tiene un poder extraordinario. Es cierto que muchos la hemos perdido y no podemos desandar algunos caminos del pasado, pero en este libro deseo demostrar no solo el valor de la inocencia en su estado natural, sino también la importancia de haberla recuperado espiritualmente en la persona de Cristo.

Uno de los enfoques más luminosos para entender a los seres humanos es considerarlos como seres con vocación de realidad. Esto significa que, queramos o no, no podemos huir

de la realidad que nos contiene, a menos que renunciemos a la vida misma. En este sentido, Dios no nos propone desandar nuestros caminos, sino recibir la gracia de una nueva vida inocente, y absolutamente capaz.

Las propuestas de la fe no siempre son adecuadas para los seres muy intelectuales, pero afirmo esto, conforme a la voluntad de nuestro Dios, porque la fe siempre tiene algo de locura. Es difícil decirle a un pecador que ha recuperado su inocencia en Cristo y que ahí está su potencial. A la misma vez es difícil romperle el paradigma de que las experiencias del pecado pueden servirle para evaluar la realidad de manera más sabia; simplemente porque no es así. Sin embargo, debemos hacerlo y este libro es una buena herramienta para lograrlo.

Para aceptar la inocencia en Cristo, debemos hacernos ignorantes de ciertas realidades naturales (**1 Corintios 3:18**), y eso no es algo que cualquiera esté dispuesto a hacer. La inocencia es maravillosa, pero para la mente natural es sinónimo de debilidad. Sin embargo, bajo una mentalidad de Reino, debemos cambiar esta percepción de manera radical.

El Nuevo Hombre levantado en alto representa la mirada opuesta al hombre del Edén. Sus visiones son contrarias porque sus planteamientos son radicalmente distintos. Adán quiso ser como Dios por apropiación, porque esa es la esencia del pensamiento satánico. El hombre natural, siempre ha querido arrebatarse a Dios la posición de gobierno. Jesucristo, en cambio, siendo de condición divina,

se despojó de todo con tal de agradar al Padre. La Iglesia es ahora la expresión del Nuevo Hombre por eso debemos asimilar sus ideas y aceptar Su posición.

La inocencia viene por la persona de Jesucristo, no a través del hombre natural. Es por eso que en este libro, deseo enseñar de qué manera, esa gracia recibida puede transformarnos por completo. Sin duda, esto es trascendental, porque puede cambiar nuestros pensamientos, nuestras acciones y, en consecuencia, nuestras relaciones con las demás personas.

La recuperación de la inocencia en Cristo es instantánea y nos hace aceptos ante el Padre, dándonos el derecho de sostener una verdadera comunión con Él. No obstante, la asimilación de la inocencia es un proceso continuo en nuestra mente y en nuestra gestión de vida. Este libro nos ayudará a reconocernos en Cristo y a permitir que la verdad nos gobierne por completo.

Estoy persuadido de que este material puede llevarnos a las verdades eternas, cambiando nuestra percepción de la realidad que nos contiene, y eso, seguramente puede impulsarnos a vivir una vida bajo el gobierno del Espíritu Santo, incluyendo nuestros pensamientos y sentimientos, lo que reitero: también transformará nuestra comunión con Dios y nuestra relación con el prójimo.

“Porque no estoy consciente de nada en contra mía; mas no por eso estoy sin culpa, pues el que me juzga es el Señor”.

1 Corintios 4:4



Capítulo uno

LA DISPENSACIÓN DE LA INOCENCIA

“Fue así como Dios creó al ser humano tal y como es Dios. Lo creó a su semejanza. Creó al hombre y a la mujer, y les dio esta bendición: Quiero que se reproduzcan, quiero que se multipliquen, quiero que llenen la tierra y la pongan bajo su dominio. Que dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los seres vivos que se arrastran por el suelo”.

Génesis 1:27 y 28 BLS

Algunas personas que escuchan mis enseñanzas han llegado a pensar que estoy en contra de los estudios teológicos, pero eso no es cierto. Lo que realmente hago es un énfasis casi exagerado en el cuidado que debe tener todo alumno en su comunión espiritual con el Señor. Soy maestro de la Palabra, por lo que sería absurdo pensar que no estoy a favor del estudio de las Escrituras. Sin embargo, creo que si no somos absolutamente dependientes de la constante ministración del Espíritu Santo, podemos caer en estructuras de pensamiento que limiten peligrosamente toda revelación.

Si nos conectamos solo con la letra, olvidando que la esencia de la Palabra es espiritual, llenaremos nuestra mente de información, pero no llenaremos de luz nuestro ser interior. Por ello, siempre aconsejo estudiar bajo el entendimiento de que, sin importar cuáles sean los canales utilizados, el Espíritu Santo debe ser nuestro maestro.

Además, siempre recomiendo acercarnos a las Escrituras con un corazón humilde, libres de estructuras mentales rígidas que nos impidan fluir en la dinámica de la vida. Es posible que nos encontremos con esquemas y métodos de estudio, pero no debemos perder de vista las acciones y los diseños divinos.

No soy un experto en la materia, pero conozco bastante la historia de la Iglesia y las diferentes ramas protestantes que surgieron después de la Gran Reforma. De cada una de esas ramas también nacieron distintas corrientes teológicas y métodos de estudio.

Personalmente, no estoy en contra de nada, excepto de todo orgullo que impida que, en este tiempo, nos dobleguemos al gobierno de Dios. Debemos permitir que el Espíritu Santo dirija Su Iglesia y, con humildad, los líderes debemos estar dispuestos a aceptar las reformas necesarias para converger en una unidad que, primeramente, debe ser espiritual, pero que también debe ajustarse lo más posible a las doctrinas fundamentales.

Defender ideas, estructuras o interpretaciones mediante descalificaciones y hostilidad espiritual es algo muy triste ante la mirada de nuestro Señor. Frente a lo que se avecina sobre el mundo, espero y ruego a Dios que todos los líderes podamos recuperar el intercambio sano, sabio y supervisado por el Espíritu Santo.

Las estructuras producen juicios que nos alejan de la verdad. Por ejemplo, algunas personas, al escuchar ciertas enseñanzas mías, me han dicho que soy calvinista, pero eso no es verdad. Coincidir con algunas ideas de Calvino no implica que defienda toda su teología. Para que alguien sea calvinista, debe leer toda la obra de Calvino y estar de acuerdo con todas sus enseñanzas. En mi caso, nunca he hecho tal cosa. Lo que sí he procurado es estudiar las Escrituras evitando líneas de pensamientos radicales, para no perderme los dinámicos diseños del Señor. Si en ese proceso coincido con alguna corriente teológica, está bien, pero eso es meramente circunstancial para mí.

Aclaro esto porque, al enseñar sobre la dispensación de la inocencia, seguramente algunos pensarán que soy dispensacionalista. Sin embargo, aunque coincido con ciertos conceptos del dispensacionalismo, no estoy de acuerdo con otros, y tampoco me siento sujeto a ninguna estructura teológica rígida que pueda nublar me el panorama general de los diseños del Reino.

La palabra “dispensación” proviene del griego “*oikonomía*”, que significa “gestión” o “economía”. El

dispensacionalismo es un sistema teológico que sostiene que Dios ha administrado Sus planes de diferentes maneras en distintos períodos de la historia humana, manifestando Su gracia en cada uno de ellos.

Lo distintivo de este sistema es la división histórica de la Biblia en diferentes dispensaciones: la de la inocencia, la de la conciencia, la del gobierno humano, la de las promesas, la de la Ley, la de la gracia y la del Reino milenial.

Este esquema puede resultar práctico para el estudio, y no tengo inconveniente con ello, siempre y cuando no pretendamos encasillar los diseños de Dios en estructuras mentales rígidas. En primer lugar, debemos ver el Reino de Dios reflejado en toda la Biblia y a lo largo de la historia de la humanidad, ya que ninguna época ni condición humana han limitado jamás al Todopoderoso.

En segundo lugar, me parece interesante observar la manifestación del gobierno divino de distintas maneras, considerando pacientemente la condición humana en cada etapa. Vemos a Dios gobernando al hombre de manera absoluta en la breve dispensación de la inocencia. Lo vemos después del pecado, interactuando con la conciencia y la voluntad humana, tratando de hacer reaccionar a los hombres, incluso haciendo gloriosas promesas. Lo vemos estableciendo Su Ley sobre una sola nación. Lo vemos derramando Su gracia para restablecer Su gobierno de manera efectiva sobre la Iglesia. Y lo vemos a las puertas de Su regreso triunfal para reinar con poder.

Dicho esto, deseo enfocarme momentáneamente en la primera etapa de la historia humana, porque la llamada dispensación de la inocencia nos ofrece una muestra del diseño original de Dios. Y una sola muestra basta para comprender que, cuando los hombres vivimos bajo el gobierno divino, los beneficios son incomparables.

Antes de la caída, no existía ninguna barrera de pecado entre Dios y el hombre. La comunión era espiritual y perfecta; no había objeciones a los requisitos del Rey de gloria, y todo para el hombre era sumamente prometedor.

Si analizamos el término “inocencia” en su significado más profundo, debemos remontarnos a su origen etimológico en el latín. Proviene de la palabra “*innocentia*”, que a su vez deriva de “*innocens*”. Esta última es el resultado de la combinación de dos elementos: el prefijo “*in*”, que significa “no” o “sin”, y el término “*nocens*”, que procede del verbo “*nocere*”, sinónimo de “hacer daño”.

El vocablo llegó a nuestro idioma como el término “inocencia”, y hace referencia a la ausencia de culpabilidad. En su sentido más amplio, la inocencia está vinculada a la ausencia de culpa en relación con cualquier pecado, falta o crimen. Así, la inocencia se asocia a un estado puro del alma. Tal era la condición de Adán y Eva en el principio de sus vidas.

Dios los creó inocentes, pero libres para expresar voluntades. Mucho se ha hablado y enseñado sobre el origen

del mal y del pecado, pero ese no es mi tema, porque tal análisis me implicaría abandonar mi enfoque, que en este caso es destacar el poder intrínseco de la inocencia.

Los primeros capítulos de Génesis nos brindan detalles sobre la creación del mundo por parte de Dios. Adán y Eva fueron los primeros seres humanos, de los cuales descendemos todos. Dios formó a Adán del polvo de la tierra, pero también le otorgó Su propio aliento (**Génesis 2:7**). La vida de Dios estaba operativa en Adán y Eva, permitiéndoles sostener una perfecta comunión espiritual.

En el segundo capítulo de Génesis se describe el primer hogar del hombre: el Jardín del Edén, donde Dios plantó un huerto, creó a Eva y los puso allí para que lo cuidaran (**Génesis 2:8 al 15**). La primera pareja de la humanidad comenzó su vida juntos en el paraíso, pero ¿cuánto les duró esa bendición? ¿Cuánto tiempo permanecieron en el Jardín del Edén hasta que pecaron y fueron expulsados?

La respuesta exacta no la sabemos. Sin embargo, basándonos en la evidencia bíblica, podemos asumir que su tiempo en el Edén fue muy breve. La pareja no tuvo su primer hijo sino hasta después de haber sido desterrados del jardín (**Génesis 3:23 al 4:2**). La Biblia no menciona que vivieran juntos durante años absteniéndose de tener hijos. De hecho, la orden divina era fructificar y multiplicarse, por eso entendemos que no pudo pasar mucho tiempo entre la asignación del gobierno y la expulsión del Edén.

Desde la revelación del Nuevo Pacto, el apóstol Pablo escribió: *“El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte; así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Romanos 5:12). Es lógico pensar que Adán y Eva no tenían hijos al momento de pecar, ya que cualquier hijo nacido antes del pecado de Adán no habría heredado la naturaleza pecaminosa de su padre o podría haberse negado a comer del árbol prohibido.

Todo esto indica que la serpiente tentó a Eva a comer la fruta prohibida y que la pareja fue expulsada del jardín muy pronto (**Génesis 3:1 al 7**). Sin embargo, ese breve período nos permite vislumbrar la bendición de vivir bajo el gobierno de Dios.

Es cierto que, a partir de ellos, hubo hombres y mujeres de fe que hicieron proezas y vivieron bajo la dirección del Reino de Dios. Sin embargo, la inocencia ante Dios no volvió sino hasta la encarnación de Cristo. Hubo quienes fueron inocentes ante las circunstancias, ante falsas acusaciones, ante la justicia humana, ante la opresión de los enemigos o ante la hostilidad de la sociedad y sus propias familias. Pero la inocencia perfecta ante Dios no regresó sino hasta la llegada de Cristo.

En otros capítulos analizaré esas inocencias limitadas que ciertamente produjeron su fruto. No obstante, en este punto deseo que observemos a través de esa “ventanita del Edén” la vida y la bendición de Adán y Eva en su estado de completa inocencia.

La palabra hebrea traducida como “Edén” se interpreta como “placer” o “deleite”, lo que nos permite comprender que habitar dicho lugar debió ser extraordinario. El huerto fue plantado en el Edén por Dios mismo, y tenía toda clase de árboles agradables a la vista y buenos para comer. Era un lugar fértil y fructífero que, sin esfuerzo, podía proporcionarles alimento en abundancia. Estaba bien regado de forma natural, ya que en lugar de llover, brotaba del suelo un vapor capaz de mantener la vegetación en óptimas condiciones.

El clima era perfecto para la vida. Recordemos que Adán y Eva estaban desnudos (**Génesis 2:25**) y no tuvieron que pelear contra el frío ni contra el calor extremo. También había toda clase de animales en el jardín (**Génesis 2:19 y 20**), pero no eran animales salvajes ni carnívoros, sino que convivían mansamente entre ellos.

Adán y Eva no tenían que huir de insectos, arañas venenosas ni fieras asesinas. No tenían de qué preocuparse: no había enfermedades, enemigos, inseguridad ni violencia de ningún tipo. Era un mundo ideal donde podrían haber vivido eternamente. Imaginemos por un momento cómo sería el mundo hoy si hubieran permanecido en inocencia.

Es más, imaginemos cómo vivirían Adán y Eva en la actualidad si hubieran permanecido fieles. Serían el matrimonio más honrado del planeta, los seres más ricos, poderosos y celebrados de la Tierra. No habría muerte, enfermedades, guerras, injusticia, desorden ni maldad. Todo

sería pureza y bienestar. La población mundial sería mucho mayor, pero no faltaría nada a nadie, y la pareja más poderosa sin duda alguna sería Adán y Eva.

La inocencia es curiosa porque, por un lado, era la plataforma de la sabiduría humana, pero, por otro, sostenía una lógica ingenuidad o una ignorancia consciente. ¿Qué quiero decir con esto? Si Adán y Eva hubieran permanecido en inocencia, no habrían conocido los efectos del fruto prohibido ni sus consecuencias.

Justamente esa fue la condición que la serpiente usó para tentarlos. Cuando la mujer explicó que podían comer del fruto de todos los árboles del huerto excepto del que estaba en medio, porque morirían, la serpiente le dijo: ***“No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”*** (Génesis 3:5).

La propuesta era recibir una nueva visión y ser como Dios al adquirir un conocimiento desconocido hasta entonces. Ciertamente sus ojos se abrieron al mal, pero espiritualmente quedaron cegados. Ahora bien, ¿Llegaron a saber algo que antes no sabían? Sí, aprendieron sobre el pecado, pero perdieron toda noción del bien.

La inocencia tiene una faceta de desconocimiento, ya que al no ejecutar algo malo, no se sabe en qué consiste. Por ejemplo, gracias a Dios, yo nunca he matado a una persona; por lo tanto, no sé lo que eso significa, ni lo que se siente, ni

lo que se experimenta en una situación así, y espero nunca saberlo. En este sentido, mi inocencia me mantiene en ignorancia respecto de esas cosas.

Los culpables saben algo que los inocentes desconocen. Por eso afirmo que la inocencia tiene una apariencia ingenua y carente de conocimiento, pero créanme: es lo mejor que nos puede pasar. Porque esa ignorancia es, en realidad, el fundamento de un poder extraordinario.

Cuando un joven adolescente ha guardado su virginidad y es inocente del pecado de fornicación, no tiene idea de lo que implica una relación sexual ni de lo que se siente al experimentarla. Esa falta de conocimiento es precisamente lo que el enemigo utiliza como uno de sus grandes medios de tentación, porque sabe que la ignorancia de los inocentes es muy poderosa.

Podría citar muchos ejemplos, y en todos los casos ocurre lo mismo: la inocencia conserva un desconocimiento y una ingenuidad poderosos. Si me permiten el tiempo para desarrollar esta enseñanza, descubrirán por qué, y nunca más pensarán que la inocencia es sinónimo de debilidad.

El pecado se jacta tanto que, en ocasiones, los cristianos recordamos y relatamos experiencias pasadas como si fueran extraordinarias. Esto es muy curioso, porque da la impresión de que la inocencia no tiene valor. Algunos hermanos dan su testimonio desde el púlpito, y cuanto más perverso ha sido su pasado, más parece impactar a la

audiencia. Sin embargo, alguien sin un pasado pecaminoso no genera la misma impresión.

Este es un engaño del diablo, porque nos hace creer que el pecado puede dejarnos un conocimiento válido, pero eso no es verdad. El enemigo sabe que la inocencia produce poder, mientras que nosotros no somos conscientes de ello. Por esta razón considero que este material es de suma importancia.

Entiendo que hay testimonios más impactantes que otros y que todos necesitamos justificación, santificación y redención. No importa si alguien pecó mucho o poco, todos somos culpables. Pero estoy sentando las bases para comprender cómo el pensamiento diabólico sigue influyendo en las mentes de las personas.

Hace un tiempo participé en una reunión especial de jóvenes en un país europeo. La reunión estuvo muy linda, pero noté que un líder, quien abrió la reunión, comenzó a contar su testimonio de pecado y habló de la gracia de Dios. Luego, un pastor tomó el lugar y contó su testimonio de pecado, hablando de drogas y fornicación. Después, otro líder hizo lo mismo. Yo observaba a unos jóvenes hermosos que habían ido a la reunión y muchos de ellos se miraban sin tener idea de lo que hablaban los líderes.

Fue como si estos ministros asociaran la juventud con el pecado que ellos cometieron en esa etapa de sus vidas, pero no consideraron que la mayoría de los jóvenes que tenían

enfrente estaban ahí y no en un boliche drogándose ni en un hotel fornicando. Muchos de esos jóvenes eran inocentes de esos pecados y desconocían totalmente esa oscuridad. La pregunta sería: ¿Por qué darles ese conocimiento en la Iglesia? ¿Qué luz pueden otorgarles esas experiencias?

Si les predicamos a jóvenes en pecado respecto del Reino, estaremos tratando de llevarlos de las tinieblas a la luz, pero si les predico a jóvenes inocentes sobre lo que vivimos en las drogas y la fornicación, ¿hacia dónde estaremos tratando de llevarlos? Personalmente, no desearía oír un sermón de Adán, pero sí me sentaría a los pies de Cristo para escuchar sus experiencias.

Volviendo a la inocencia adámica, no conocer el mal no hacía menos sabio a Adán. De hecho, Jesucristo nunca pecó y es la sabiduría misma. El conocimiento de su desnudez no volvió a los primeros padres de la humanidad más inteligentes; por el contrario, su reacción fue coser hojas de higuera y hacerse delantales (**Génesis 3:7**), lo cual no parece una decisión muy sabia.

Luego vemos a Adán escondiéndose del Dios omnipresente, algo que él no pudo haber ignorado. Dios no creó a Adán como a un niño que debía desarrollarse y crecer, sino como a un hombre adulto y lleno de conocimiento. Lo vemos poniendo nombre a toda criatura, y con la comisión de gobernar el planeta. Sin embargo, como si el pecado lo hubiera sumido en la ignorancia espiritual, se hizo delantales de hojas y se escondió de Dios.

El conocimiento del mal y la experiencia del pecado no hacen a nadie más sabio; por el contrario, sumergen a la persona en la oscuridad y le hacen perder el verdadero entendimiento, aunque con la errónea sensación de saber más que antes. Como escribió Pablo en su carta a los romanos: **“Profesando ser sabios, se hicieron necios”** (Romanos 1:22).

Adán era sabio ignorando el mal, porque el verdadero poder solo opera desde el bien. Pero el diablo, experto mentiroso, ha hecho creer al mundo que las personas pecadoras, malas y violentas tienen más poder que las santas, buenas y pacíficas. Es una absurda mentira, pero la mayoría la cree. Por eso las películas de terror son llamadas diabólicas, porque infunden miedo a través del poder del diablo. Si alguien hace una película sobre Dios, puede llegar a conmover corazones, pero no despertaría temor en nadie. Sin embargo, créanme que Dios es mucho más digno de temor que el mismo infierno, y ahí está el gran engaño.

Dios es el Creador del cielo, de la tierra y de todo el universo. El diablo es solo una criatura creada que pretende gobernar mediante la mentira y que ya está condenado a una eternidad de tormento en el lago de fuego y azufre (**Apocalipsis 20:10**). El engaño de las tinieblas consiste en hacer creer a los hombres que el poder lo tiene el diablo. Desde el principio, Satanás quiso ser semejante a Dios (**Isaías 14:13 al 15**), por eso le dijo a Eva que si comían del fruto serían semejantes a Dios. No obstante, la realidad es que ellos ya habían sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Aun así, haber sido creados a imagen y semejanza divina no abarcaba toda la amplitud del término. La semejanza con la esencia divina posicionó al hombre para gobernar el planeta, pero el Reino de Dios nunca fue parte del pacto original. Adán no fue convocado a la mesa ejecutiva de las cortes celestiales, sino a vivir administrando el huerto y su expansión sobre la tierra.

Satanás es culpable y está condenado; Adán y Eva fueron culpables y quedaron condenados; su descendencia ha sido culpable durante siglos y también está condenada. Solo la inocencia otorga acceso al Reino eterno. ¡Veamos en esta situación el verdadero poder de la inocencia!

Como no hubo ningún inocente (**Romanos 3:10 al 12**), tuvo que venir Cristo. Pero eso lo desarrollaré en los siguientes capítulos. Él es el único que nos puede devolver la inocencia y abrirnos las puertas del Reino. En Su inocencia radica un poder escondido, y si aprendemos a activarlo, habrá un antes y un después para todos nosotros...

“Él nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención, el perdón de pecados”.

Colosenses 1:13 y 14



Capítulo dos

LA INOCENCIA DE JESÚS

“Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo Niño que nacerá será llamado Hijo de Dios”.

Lucas 1:35

Como expliqué en el capítulo anterior, me gusta observar y estudiar la Biblia como un todo. Me resulta mucho más útil, para encontrar la dinámica de los diseños divinos, el estudio desde un panorama general y no desde la fragmentación. Sin embargo, mencioné como una breve etapa de la historia, la inocencia que Adán tuvo desde que fue creado perfecto hasta que determinó pecar.

Algunos se preguntan por qué Dios le dio la oportunidad de elegir, pero eso no hace responsable a Dios de su pecado. El Creador no deseaba un autómatas incapaz de tomar decisiones, sino un hombre libre que reconociera Su gobierno y que gobernara la creación desde la libertad. Lamentablemente, el hombre fue engañado por la serpiente y, procurando el conocimiento, perdió su inocencia.

Mientras el hombre fue gobernado directamente por Dios, vivió en plena comunión con Él, y pudo ejercer un poder de gobierno pleno. Desafortunadamente, la pérdida de la inocencia le produjo un estado irrevocable de rebelión interna. El paso que dio hacia la oscuridad fue un paso sin retorno. Es como si una persona determinara asesinar a otra; una vez que lo hace, deja de ser inocente y su culpabilidad no tiene retorno. Le espera una condena o vivirá escapando, pero no hay forma alguna en la que pueda quitarse la culpa.

Por esta misma causa, Dios tuvo que expulsarlo del huerto, porque su estado de pecaminosidad anuló su capacidad de gobierno bajo autoridad. Además, en el huerto también estaba el Árbol de la Vida, y lo peor que pudo haber sucedido era que Adán y Eva comieran de él. No hay nada peor que un pecador eterno.

Imaginemos qué hubiera pasado en el mundo si el estado de conciencia perversa que manifestó el hombre, desde el tiempo de la expulsión del huerto hasta el diluvio, se hubiera extendido hasta nuestros días, con una humanidad absolutamente pervertida y eterna.

La pérdida de la inocencia trajo la muerte, y es lógico que así fuera. La falta de reconocimiento del hombre respecto del gobierno divino, dio lugar a la ley del más fuerte. Fue entonces cuando comenzaron a formarse las naciones, los gobiernos humanos, las autoridades políticas, el poder de la sociedad y el abuso familiar. El hombre no fue creado para gobernar a otros hombres, sino para vivir bajo el gobierno

divino. Solo alguien sujeto al Reino de Dios puede ejercer una sana autoridad para con sus pares.

Dios ordenó a los hombres que se expandieran y llenaran la tierra. Lo hizo con Adán y se lo repitió a Noé, pero el sistema babilónico se puso en marcha con la torre de Babel. Aunque el Señor confundiera las lenguas, los seres humanos, desde entonces, se han aglomerado en comunidades regidas por gobiernos humanos y con un claro rechazo al gobierno divino.

La pérdida de la inocencia generó la caída del hombre: de vivir bajo el gobierno de Dios, a vivir bajo su propio gobierno, y luego a vivir bajo el gobierno de algunos hombres poderosos y, en muchos casos, tiranos. Esto, bajo ningún punto de vista, implica independencia verdadera, porque detrás de todo esto sigue operando el gobierno de las tinieblas. Hombres sin luz no son hombres libres; no importa cuánto poder tengan ni qué nación gobiernen, siguen siendo esclavos de la oscuridad.

Recordemos que después del Éxodo, Dios gobernó a la incipiente Israel. Le dio leyes para su sano desarrollo social y los preparó para ser una gran nación. Sin embargo, tras el tiempo de los jueces, Israel pidió un rey humano como las demás naciones. Esto resulta sorprendente, porque era la única nación gobernada exclusivamente por Dios, y en lugar de comprender semejante privilegio, prefirieron el sistema babilónico.

Dios les dio reyes, pero es claro que hasta nuestros días Israel no ha podido ser restaurada. El sionismo se esfuerza por lograr lo que Dios mismo ha dicho que Él hará, mientras que una facción importante sigue esperando al Mesías como libertador y Rey. Los cristianos sabemos que Su primera venida ya aconteció, pero recién en Su segunda venida Israel podrá reconocerlo.

Las autoridades políticas y religiosas de Israel estaban afanadas en la restauración del reino de Israel como nación, pero no en la instauración del Reino de Dios. Por esa causa, han quedado engehecidas en parte, hasta que entre la totalidad de los gentiles. Luego, en la segunda venida del Señor, se encontrarán con la restauración de un diseño diferente, pero ciertamente glorioso (**Romanos 11:25 y 26**).

El Mesías encarnó en Jesús y nació en los días del rey Herodes. Si bien era Rey, y así lo entendieron los sabios de oriente (**Mateo 2:2**), Su Reino no era de este mundo, ni vino pensando en sentarse en el trono de David en Jerusalén. Su propósito era recuperar la inocencia para los seres humanos, porque esa sería la única manera en que pudiéramos vivir nuevamente bajo el gobierno del Padre.

La recuperación de la inocencia estaba envuelta en un diseño misterioso, que pocos pudieron comprender en sus días. Jesús nació como Rey, pero también nació sin pecado, porque esa fue su esencia eterna; no nació de varón, sino de Dios. La santidad de Jesús obedece primariamente a Su naturaleza divina, y por ello su pureza moral es absoluta. Su

justicia manifestaba su inocencia, ya que en Él no había tinieblas.

La santidad de Cristo, o Su inocencia, está relacionada con Su deidad. Jesús es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Afirmó ser Dios, declarándose uno con el Padre Celestial (**Juan 10:30 al 33**). El profeta Isaías lo llamó Dios fuerte y Padre eterno (**Isaías 9:6**). Él era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (**Juan 1:1**). Negar Su divinidad, y por lo tanto Su santidad, es negarle por completo.

Al leer los evangelios, encontramos la compleja sencillez de Jesús, su bondad sin paralelo y su pureza radiante, la cual contrastaba con la debilidad de sus discípulos y el entorno religioso hostil que tuvo que sufrir. Su inocencia no lo convertía en un hombre débil, sino en alguien con un poder que desconcertaba a todos.

Por ejemplo, cuando Jesús estaba a la orilla del Lago de Galilea, subió a la barca de Simón Pedro para enseñar. Luego, le ordenó remar mar adentro para pescar. Pedro respondió: *“Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; más en tu palabra echaré la red”* (Lucas 5:5). Al obedecer, recogieron tantos peces que las redes estaban a punto de romperse y las barcas casi se hundían. Entonces, Simón Pedro cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: *“Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador...”* (Lucas 5:8).

Es curioso que Pedro no se impresionara solo por el milagro, sino que experimentara un temor profundo. No mencionó la pesca milagrosa, sino su propia pecaminosidad. Esto demuestra el impacto de la inocencia de Jesús: Su sola presencia, sin acusaciones ni palabras de juicio, irradiaba santidad y producía convicción.

Muchos piensan que la santidad es solo buena conducta, pero es mucho más que eso. Jesús no era Santo solo por ser apartado para un propósito divino, sino porque en Él operaba la verdadera inocencia.

Los religiosos de su tiempo creían ser santos por seguir la Ley, pero Jesús los comparó con sepulcros blanqueados: limpios por fuera, pero llenos de muerte por dentro (**Mateo 23:27**). Lo peor para un culpable es sentirse inocente. Por eso, Jesús los llamó hipócritas: creían ser justos, pero no eran inocentes.

La inocencia no tiene competidores, pero la culpa siempre busca responsables. Adán culpó a Eva, ella culpó a la serpiente. Los religiosos llamaron a Jesús blasfemo y pecador, pero los verdaderos culpables eran ellos. Cuando alguien es inocente, no necesita defenderse; los culpables, en cambio, atacan violentamente.

Los religiosos no comprendían sus enseñanzas y se asombraban de Su autoridad (**Marcos 1:22**). En el Sermón del Monte, Jesús describió a los bienaventurados (**Mateo 5:1 al 12**), llamando dichosos a los pobres en espíritu, los que

lloran, los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos, los de corazón limpio, los que trabajan por la paz y los perseguidos por causa de la justicia.

Esto desafía el concepto humanista de felicidad. Mientras el enemigo promueve la búsqueda del éxito personal, Jesús declaraba bienaventurados a quienes padecían la opresión de los culpables. Luego, exhortó a sus discípulos a ser la sal de la tierra y la luz del mundo (**Mateo 5:13 al 16**), contrastando con la falsa justicia de los religiosos.

En todo momento, Jesús les dejaba en claro que la culpa y la pecaminosidad de los seres humanos, no podía limpiarse a través de obras muertas. Qué la justicia externa, no podía eliminar esa culpa, que no solo los sostenía en un estado de insuficiencia ante Dios, sino que además los descalificaba para los desafíos de Su Reino.

Los religiosos creían que veían, que eran justos y que podían ser luz, pero Jesús los llamaba ciegos y guías de ciegos, lo cual los enfurecía en gran manera (**Mateo 15:14**). Adán y Eva se taparon con delantales, pero los religiosos se cubrían con sus vestiduras y sus obras (**Mateo 23:5**). Se ocultaban tras sus apariencias y el conocimiento de las Escrituras, pero no eran inocentes, y por más que intentaran, no podían borrar por sí mismos su culpa. Por ello, tampoco podían tener verdadera autoridad al enseñar, cosa que Jesús mostraba continuamente (**Marcos 1:22**).

La hipocresía es un rechazo a la gracia divina, y eso era lo que Jesús intentaba enseñarles. Él era la gracia encarnada, y ellos pretendían hostigarlo por medio de la Ley (**Juan 1:17**). La única manera de recuperar la inocencia era por medio de la justificación; las obras piadosas nunca serían suficientes, mucho menos las obras generadas por interés, desde corazones culpables y llenos de pecado.

Los religiosos daban limosnas para ser vistos por los demás o para recibir recompensa de ellos (**Mateo 6:1 al 4**). Hacían largas oraciones públicas para ser admirados por su elocuencia (**Mateo 6:5 al 15**), y ayunaban para aparentar mayor piedad, por eso Jesús les dijo:

“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”

Mateo 6:16 al 18

La inocencia no necesita disfraces, ni aparentar ni demostrar nada, por eso es tan poderosa. El problema es que todos somos culpables de pecado, y eso era lo que Jesús quería que entendieran. Es triste que después de más de dos mil años y pese a Su obra de justificación, algunos cristianos creen que es por sus obras y no por la gracia que pueden ser

justos. En el siguiente capítulo abordaré cómo se puede recuperar la inocencia genuina.

En aquellos días, los religiosos ardían de enojo contra Jesús. Se esforzaban por alcanzar justicia con sus propias obras, pero en el fondo sabían que no podían lograrlo. Hicieran lo que hicieran, el pecado seguía latente en ellos. La verdad de una naturaleza no cambia: un hombre sigue siendo hombre aunque se vista de mujer; un pecador sigue siendo pecador aunque se comporte como santo. Jesús enseñó:

“Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”

Mateo 7:17 y 18

Una planta de limones no puede producir higos, no porque no quiera, sino porque no puede. Los pecadores no son pecadores porque pecan, sino que pecan porque su naturaleza solo puede producir pecado. Jesús aplicó este principio a los religiosos que se creían árboles buenos, pero en realidad, esto aplica a todos. Los culpables de pecado no pueden ser inocentes a menos que sean completamente justificados.

Los pecadores en la época de Jesús lo amaban y se consideraban sus amigos porque no pretendían ser lo que no eran. Jesús estaba más cerca de ellos porque estaban listos para recibir Su gracia. Un culpable sabe lo que merece, por lo tanto, todo lo bueno que recibe lo considera una gracia.

Por su parte, los religiosos se frustraban y se volvían hostiles contra Jesús y contra los pecadores. Contra Jesús, porque exponía la verdadera condición de sus corazones, y contra los pecadores, porque simplemente los veían vivir como lo que eran, y haciendo lo que deseaban. Los religiosos juzgaban y condenaban a todos con sus opiniones, porque eso es lo que hacen los culpables reprimidos. La verdad, aunque no pudieran reconocerla, es que la naturaleza pecaminosa que operaba también en ellos, los hacía sentir envidia de quienes simplemente pecaban, porque un pecador, por más religioso que pretenda ser, aunque procure comportarse piadosamente sigue deseando pecar. Jesús les decía:

“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”

Mateo 7:1 al 5

No hay nada peor que unos culpables juzgando a otros culpables. Jesús les advirtió que, si la medida era la misma para todos, estarían en serios problemas. La religión sigue siendo una viga en el ojo de los hombres. Donde hay religiosidad, hay ceguera, y es lógico que un ciego, no puede sacar la paja del ojo de otro ciego.

Si deseamos ayudar a las personas a ver la luz del evangelio, primero debemos eliminar todo vestigio de religiosidad en nosotros. Solo la revelación de nuestra verdadera condición y de las virtudes de la gracia nos puede hacer útiles y efectivos para la obra.

Los pecadores no se sentían condenados por Jesús, sino que encontraban en Él, la compasión que nadie les ofrecía. El poder de Su inocencia era como una espada para los religiosos y como un manto de comprensión para los pecadores. Los religiosos se sentían atacados por Él, pero los pecadores se sentían perdonados con Su presencia.

Los religiosos procuraban Su muerte, mientras que los pecadores lo buscaban, lo honraban y le derramaban perfume sobre Su cabeza. La inocencia genera estos contrastes: hay quienes se acercan a su luz, y hay quienes, sintiéndose incómodos, simplemente la rechazan.

El Señor Jesús caminó en la tierra con Su divinidad y Su frágil humanidad, pero en completa inocencia. Nació sin pecado, perfectamente puro e inequívocamente justo (**Mateo 26:59 al 61**). Incluso Poncio Pilato, el político que se negó a actuar en favor del único hombre verdaderamente inocente, declaró tres veces que no veía ningún delito en Él (**Lucas 23:13 al 15**).

Cristo Jesús fue el único digno de ofrecerse por nuestro pecado. Su sacrificio fue como el de un cordero sin mancha y sin defecto, completamente puro e inocente (**1 Pedro 1:19**).

Esa inocencia, fue la que le permitió pensar sin rencores ni temores, actuando siempre de manera difícil de comprender para la mente natural.

Él podía dormir en medio de una tormenta, aunque expertos pescadores estuvieran llenos de miedo. Actuaba como un niño inocente, que no sabe que una barca se puede hundir. Los temores son el resultado del conocimiento de la culpa y el fracaso. Jesús no tenía nada de eso; no contemplaba la posibilidad de que algo pudiera fallar porque era inocente.

Cuando quiso alcanzar a sus discípulos, caminó sobre las aguas. Esto me recuerda a los bebés que son arrojados al agua y no se ahogan porque en su mente no existe el peligro. Ellos aprenden fácilmente a flotar porque son inocentes. Sin embargo, si tiramos al agua a una persona mayor que no sabe nadar, su propia desesperación puede ser fatal, pues su mente le dice rápidamente que enfrenta un peligro insuperable.

Pedro era un pescador experto, por lo que no cabe duda de que sabía nadar muy bien. Cuando vio a Jesús caminando sobre las aguas, le pidió hacer lo mismo, y por un momento lo logró. Pero al mirar las olas, su mente recordó el peligro, y el conocimiento del mal hizo que se hundiera. La mente inocente no conoce el miedo, y tal vez por eso Jesús nos pidió ser como niños para vivir en las dimensiones del Reino (**Mateo 18:3**).

Cuando no alcanzaba el pan para alimentar a las multitudes, Él oraba para que se multiplicara. No pensaba en

la panadería, porque desde la inocencia no se reconocen los imposibles; todo eso llegó con el pecado. Si pudiéramos pensar como Él, seguramente entraríamos en dimensiones de fe extraordinarias. Nuestro problema es que aún pensamos con una mente que fue enemiga de Dios (**Colosenses 1:21**), y nos cuesta mucho pensar con la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**).

De la misma manera en que Jesús no consideraba los imposibles, tampoco concebía ninguna maldad. Veía a los pecadores con compasión y a las mujeres con pureza. No caminaba reprimiendo sus bajos instintos, simplemente no los tenía. Así es la inocencia: no es que Jesús pensaba en pecar pero lograba controlarse, sino que el pecado no estaba en su mente ni en su corazón. Su inocencia fue gloriosa; por eso no abrió su boca para defenderse, y nunca expresó desamor.

Cuando Judas lo traicionó marcándolo con un beso, Él le dijo: “*Amigo, ¿a qué vienes?*” (Mateo 26:50). “*¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?*” (Lucas 22:48). Esto no lo dijo con hipocresía, ni con el resentimiento de quien sufre una traición. Eso nos ocurre a los culpables, pero no a un ser de inocente de corazón como Él.

Él verdaderamente fue amigo de Judas, pues estaba dispuesto a dar su vida por él (**Juan 15:13**). Judas no fue su amigo, por eso lo traicionó, pero esto no condicionó a Jesús. Él nunca actuó según los términos de los demás, porque Su inocencia le permitía ver la realidad con verdadera luz. Solo

la culpa da lugar a las tinieblas, y Jesús nunca tuvo ese problema.

La inocencia de Jesús fue admirable, y así habría funcionado Adán y todos nosotros como su descendencia, si jamás hubiese elegido pecar. Su culpa condicionó su manera de ver y de pensar, y por eso nos cuesta tanto operar en las dimensiones de Cristo. Sin embargo, Él nos dio Su vida, y nos dejó su ejemplo para que sigamos sus pisadas (**1 Pedro 2:21**). Si meditamos en Él y lo admiramos de verdad, cada día podremos dar un paso más hacia la inocencia verdadera.

“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”.

Apocalipsis 5:12 y 13



Capítulo tres

LA RECUPERACIÓN DE LA INOCENCIA

“Cristo no cometió ningún pecado ni engañó jamás a nadie. Cuando le insultaban, no contestaba con insultos; cuando le hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Dios, que juzga con rectitud. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que nosotros muramos al pecado y vivamos una vida de rectitud. Cristo fue herido para que vosotros fuerais sanados. Antes andabais como ovejas extraviadas, pero ahora habéis vuelto a Cristo, que os cuida como un pastor y vela por vosotros”.

1 Pedro 2:22 al 25 DHH

Cuando Adán y Eva fueron creados, toda la humanidad estaba en ellos. Sin duda, tenían que liberar el potencial de fructificación, pero en su simiente estaba la humanidad, pues nadie pudo nacer ajeno a ellos, excepto Jesucristo, quien nació en carne del vientre de María, sin la simiente de José, sino a través del obrar divino en la persona del Espíritu Santo (Lucas 1:35).

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”.

Romanos 5:12

Todos los seres humanos hemos sido afectados por el pecado de Adán; no hay excepciones. ***“La transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres”*** (Romanos 5:18). Todos somos pecadores y compartimos la misma condenación, porque en la carne, todos somos hijos de Adán, y todos somos culpables.

La Escritura indica que incluso los niños tienen una naturaleza pecaminosa, lo cual confirma que nacemos pecadores. ***“La necedad está ligada en el corazón del muchacho”*** (Proverbios 22:15). ***“Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron”*** (Salmo 58:3). Antes de ser salvos, ***“éramos por naturaleza hijos de ira”*** (Efesios 2:3). Observemos que merecíamos la ira de Dios no solo por nuestras acciones, sino por nuestra naturaleza. Esa naturaleza es la que heredamos de Adán.

No nos hacemos pecadores por pecar; nacemos pecadores, y por esa razón somos incapaces de hacer el bien para agradar a Dios en nuestro estado natural: ***“Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”*** (Romanos 8:8). Estábamos muertos en nuestros pecados antes de que Cristo nos resucitara a la vida espiritual (**Efesios 2:1**). Esto quiere decir, que carecíamos de cualquier bien espiritual inherente.

No importa cuánto alguien trate de preservar a un niño del pecado, igualmente con el tiempo pecará. No será necesario que alguien le enseñe a rebelarse contra la autoridad o a mentir; más bien, hay que esforzarse en inculcarle los valores del bien, porque los del mal ya están innatos en él. El comportamiento pecaminoso es natural en los pequeños porque nacen pecadores. Son inocentes de un montón de cosas porque todavía no las conocen, pero solo es una cuestión de tiempo, y la inocencia de la niñez irá desapareciendo.

Ahora bien, ¿qué debe hacer Dios con los culpables de pecado? ¿Cómo puede un Juez justo declarar inocente a un culpable? Supongamos que un hombre se va a trabajar y, al volver a su casa, encuentra que alguien asesinó a su esposa y a sus dos hijos. Imaginemos que, tras un dolor inigualable, ese hombre se entera de que la policía ha capturado al asesino. ¿No habría en él un desesperado deseo de justicia?

Ahora imaginemos que ese criminal finalmente comparece ante el juez, y es hallado incuestionablemente culpable del crimen. Pero, en el momento de dictar sentencia, el juez declara: *“Este hombre ha cometido un crimen terrible, pero yo soy un juez muy bueno y elijo declararlo inocente”*. ¿No sería este juez una abominación ante el Señor? (**Proverbios 17:15**), y además, ¿No sería un perverso corrupto ante los ojos del hombre que perdió a su familia?

¿Sería lógico, entonces, que Dios, siendo un Juez justo, hiciera algo semejante? ¿Podría Dios condenar a un inocente

o justificar a un culpable? ***“El que dijere al malo: Justo eres, los pueblos lo maldecirán, y le detestarán las naciones”*** (Proverbios 24:24). Dios no podría decirnos: “Los quiero mucho y sé que son culpables, pero los voy a declarar inocentes por amor”. Eso no sería justo; Él no podría hacerlo sin violar Su propio carácter. ¿Cómo podría ser un Juez justo y, al mismo tiempo, ignorar la verdad de la justicia?

“¿Cómo puede el hombre declararse inocente ante Dios? ¿Cómo puede alegar pureza quien ha nacido de mujer? Si a sus ojos no tiene brillo la luna, ni son puras las estrellas, ¡mucho menos el hombre, simple gusano; mucho menos el hombre, miserable lombriz!”

Job 25:4 al 6

Para que Dios siga siendo un Juez justo, la justicia debe ser satisfecha. Esto implica que los culpables paguen su condena, lo que, en el caso de los pecadores, significa la condenación eterna en el infierno, a menos que alguien más pague la culpa; pero esta no puede ser pasada por alto. Hay quienes creen que Dios simplemente nos perdonó, pero si Él hiciera eso, podríamos considerarlo bueno y misericordioso, pero no justo.

El perdón no borra la culpa; solo la justificación puede hacerlo. Durante su ministerio terrenal, Jesús perdonó pecados, lo que irritaba a los judíos, pues creían que solo Dios podía perdonar pecados (**Daniel 9:9**). Y esto era verdad, pero recordemos que Jesús era la imagen del Dios invisible,

el primogénito de toda la creación (**Colosenses 1:15**). Él dijo ser uno con el Padre y ser el mismo Dios (**Juan 10:30**).

La pregunta sería: ¿Cómo pudo perdonar pecados sin ir primero a la cruz? La respuesta es que podía perdonar, pero no justificar a nadie hasta que murió en la cruz por los pecados de todos. El perdón no borra la culpa; la justificación sí. Cuando Jesús extendía perdón a un pecador, lo libraba de la ofensa al Padre, porque si alguien había ofendido al Padre, también lo había ofendido a Él, y en ese caso podía perdonar, pero eso no significaba que pudiera justificar a los culpables.

Si yo golpeo a una persona y luego me arrepiento y le pido perdón, esa persona puede perdonarme, pero no hay forma de borrar lo que hice. Siempre me reconoceré como el agresor, aunque el ofendido me haya perdonado. La justificación es diferente porque borra el registro de la culpa. Si somos hallados culpables, condenados y ejecutados, la culpa se extingue; y eso es precisamente lo que Jesucristo hizo por nosotros.

En el Antiguo Testamento, incluso antes de que se estableciera el sistema sacrificial para el perdón de los pecados (**Levítico 4:20 al 26**), Dios se distinguía por ser un Dios que perdonaba los pecados (**Éxodo 32:32**). Dios es perdonador y misericordioso (**Nehemías 9:17**), pero también justo. Él nunca dejó que el pecado quedara sin castigo (**Éxodo 34:7**).

Dios no perdonaba a quienes no se arrepentían realmente de sus ofensas (**Deuteronomio 29:20; Oseas 1:6**). Sin embargo, cuando las personas se arrepentían de sus pecados y volvían al Señor, Dios extendía su perdón (**Isaías 33:24; Jeremías 33:8**). Esto permitía mantener la comunión con Dios y restauraba la bendición y el cuidado divino contra los enemigos. De alguna manera, el Señor podía preservarlos, pero nadie pudo ser salvo sin la obra consumada en el Calvario, porque más allá del perdón, necesitaban una justificación definitiva.

Dios también ofrecía el perdón de los pecados a los israelitas basándose en el sacrificio expiatorio (**Levítico 16:1 al 34**), pero este sistema sacrificial del Antiguo Pacto nunca fue suficiente para perdonar o quitar el pecado de manera definitiva (**Hebreos 10:1 al 10**). No obstante, sirvió para mostrar la seriedad del pecado y la necesidad de un sustituto para su remoción (**Levítico 16:7 al 10**). Más importante aún, señaló hacia el día en que Jesucristo derramaría su sangre en la cruz para quitar los pecados del mundo (**Juan 1:29**).

En el gran día de la expiación, dos machos cabríos eran utilizados en el ritual. Se derramaba la sangre de uno para expiar los pecados, mientras que el otro era enviado al desierto, llevando simbólicamente las iniquidades del pueblo: *“Aarón ofrecerá el macho cabrío sobre el cual haya caído la suerte para el Señor, haciéndolo ofrenda por el pecado. Pero el macho cabrío sobre el cual cayó la suerte para el macho cabrío expiatorio será presentado vivo delante del Señor para hacer expiación sobre él, para*

enviarlo como macho cabrío expiatorio al desierto” (Levítico 16:9 y 10).

De esta manera, Dios utilizaba dos machos cabríos para enseñarnos una sola verdad acerca de la obra de expiación del Señor Jesucristo. Por un lado, Él murió por nuestros pecados y, por otro, como resultado de esa muerte, eficazmente se llevó nuestras transgresiones fuera de la presencia de Dios.

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, nos apartamos cada cual por su camino; pero el Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros” (Isaías 53:6). Así es como un Dios justo puede justificar en su tribunal celestial a quienes han sido culpables toda su vida. Él abrió Su libro, vio que nuestra deuda fue imputada a Su amado Hijo y que Él la saldó por completo. Es decir, Jesucristo no solo abrió los canales para el perdón, sino que, a través de Su muerte, borró todo rastro de nuestra culpa.

Si yo fuera hallado culpable de asesinato y condenado a muerte, no importaría si los familiares de la víctima me perdonaran; la justicia aún tendría que ejecutarme. El perdón no me haría inocente. Sin embargo, si muero en la ejecución, la justicia sería satisfecha y ya no habría culpa, porque el culpable habría pagado con su vida. Además, no podrían volver a juzgarme porque ya no tendría vida. Ese fue el glorioso trámite que Jesucristo realizó por nosotros.

Él murió por nuestra culpa, la justicia divina fue satisfecha y el registro de nuestra deuda se borró. Ya no hay culpa para quienes han muerto en Cristo. Lo maravilloso del diseño de Dios es que Jesucristo “resucitó”, lo que nos permite recibir una nueva vida (**Romanos 6:4**). Pero esta vida es sin culpa, porque ahora somos nuevas criaturas; la vida de resurrección nos alcanza por medio de la regeneración.

Cristo derramó su sangre para confirmar el “nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (**Mateo 26:28**). La muerte de Jesús pagó el precio sacrificial total para levantar y quitar nuestros pecados, incluyendo los pecados pasados de los creyentes del Antiguo Testamento y los pecados futuros de todos los creyentes (**Salmo 130:8**).

A partir de la obra consumada de Jesucristo, ya no se requiere ningún sacrificio o ritual humano para cubrir el pecado. El único sacrificio verdaderamente indispensable es el que ya ocurrió en el Calvario (**Hebreos 10:13 y 14**). Jesucristo dio Su vida una vez y para todas las personas, desde Adán y Eva hasta la última familia al final de los días.

“Entonces Cristo ahora ha llegado a ser el Sumo Sacerdote por sobre todas las cosas buenas que han venido. Él entró en ese tabernáculo superior y más perfecto que está en el cielo, el cual no fue hecho por manos humanas ni forma parte del mundo creado. Con su propia sangre, no con la sangre de cabras ni de becerros,

entró en el Lugar Santísimo una sola vez y para siempre, y aseguró nuestra redención eterna”.

Hebreos 9:11 y 12 NTV

Debido a que nacemos pecadores, debemos experimentar un segundo nacimiento espiritual. Nacemos una vez en la familia de Adán y somos pecadores por naturaleza. Jesucristo nos llevó a la cruz para morir, y luego resucitó para darnos vida. Cuando nacemos de nuevo, nacemos en la familia de Dios y recibimos la naturaleza de Cristo (**Juan 1:12 y 13**).

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Romanos 3:21 al 26

Aquí, Pablo declara que Cristo murió para pagar la deuda de nuestro pecado, permitiendo que Dios nos justificara definitivamente. Él cargó con nuestros pecados, pero, al mismo tiempo, no había pecado en Él. Por ello, la

muerte no pudo retenerlo, y el Espíritu Santo lo resucitó de entre los muertos (**Romanos 8:11**).

A lo largo del Antiguo Testamento, los pecados eran meramente “pasados por alto”. El pago por la culpa se acumulaba año tras año hasta que el Cordero perfecto viniera, para que, a través de su muerte, pudiera expiarlos completa y definitivamente. *“Entonces, mucho más, habiendo sido ahora justificados por su sangre, seremos salvos de la ira de Dios por medio de Él”* (Romanos 5:9). *“La sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado”* (1 Juan 1:7).

¿Qué significa que la justificación está basada en la sangre de Cristo? Significa que la justificación se fundamenta en el hecho de que un rescate ha sido pagado; está basada en la satisfacción de la justicia divina. En otras palabras, cuando Dios “justifica” a una persona, no la mira, sino a través de la sangre de Cristo.

Durante todo ese tiempo, parecía que Dios actuaba injustamente al tratar con algunos hombres de fe o al mostrar misericordia a Israel en contraste con las demás naciones. Por ello, era necesario que Cristo muriera “públicamente”, demostrando la justicia de Dios, para que todos vieran que solo era cuestión de tiempo. Dios no puede olvidar la culpa ni pasarla por alto, porque Él es un Juez Justo.

En este sentido, Cristo murió no solo para justificar a los hombres, sino también para exaltar la justicia del Padre. Su muerte en la cruz vindicó y demostró la justicia absoluta

de Dios. Jesucristo removi6 la ira del juicio divino, no por evitarla, sino por soportarla sobre s3 mismo.

Algunos cristianos creen que la gracia es gratuita, y ciertamente lo es para nosotros, pero no siempre consideran la otra cara de la gracia: la justificaci6n es absolutamente gratuita para nosotros a trav6s de la redenci6n en Cristo Jes6s, pero, al mismo tiempo, fue sumamente costosa para Dios. Somos justificados al recibir el don de la justicia (**Romanos 5:17**), es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo (**Romanos 3:22**), pero el costo que asumi6 Jesucristo fue inmenso.

“Al que no conoci6 pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que fu6ramos hechos justicia de Dios en 3l”

2 Corintios 5:21

La verdad es que cada ser humano es pecador, y esa naturaleza lo contamina y lo condena. El ap6stol Pablo hablaba tanto del pecado que moraba en 3l como de los pecados cometidos. El t6rmino “pecado” hace referencia a la naturaleza pecaminosa, mientras que “los pecados” alude a los actos cometidos. La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, pero solo la revelaci6n de la cruz puede tratar con nuestra naturaleza pecaminosa.

El poder del pecado reina en la vida de los imp3os, y el castigo del pecado clama por la muerte. Aunque todos fueran capaces de sostener conductas apropiadas, seguir3an pecando y no podr3an librarse de la culpa y del castigo del pecado.

Solo cuando nos alcanza la gracia llegamos a comprender estas realidades tremendas, y la persona de Jesucristo y Su obra adquieren un significado profundo.

Pedir perdón no nos hace inocentes, pero la muerte expiatoria nos guía por el camino de la justificación. La inocencia solo se recupera a través de la regeneración. El nuevo nacimiento en Cristo nos otorga Su santidad y Su justificación. Solo entonces podemos recuperar la inocencia perdida en el Edén.

La inocencia sostuvo en poder a Adán, pero cuando el pecado se la quitó, también perdió su poder legal. Cuando Jesucristo recuperó la inocencia para nosotros, restauró el poder legal. Como culpable, Adán perdió toda autoridad de gobierno; en cambio, Jesucristo caminó en autoridad debido a su inocencia. Él recuperó la autoridad y el poder legal para nosotros.

¿Por qué hago referencia al poder legal y no solo al poder? Porque el poder sin autoridad es ilegal. Los seres humanos tienen muchas capacidades. Si observamos la historia, veremos la inmensa capacidad del hombre, pero el problema es que ha usado su poder sin la autoridad divina, lo que ha causado verdaderos desastres.

¿Adán tenía el poder de comer la fruta prohibida? Sí, lo tenía, pues lo hizo. Sin embargo, no tenía la autorización para hacerlo, y por eso pecó. Todo poder ejercido por el

hombre fuera del gobierno de Dios termina siendo pecado; por ello, el mundo está como está.

La inocencia nos permite recuperar una perfecta comunión con el Padre a través de Jesucristo. Ahora podemos vivir bajo Su autoridad, lo que da un marco de legalidad a todo lo que hacemos. Es entonces cuando podemos manifestar el Reino de Dios en nuestras vidas.

Cuando Dios nos justifica, nos declara justos ante Su presencia. La justificación no nos hace buenos por dentro; eso solo lo produce la regeneración. El nuevo hombre es **“creado en la justicia y santidad de la verdad”** (Efesios 4:24). La justificación es una declaración sobre nuestra posición ante Dios, mientras que la regeneración es el nacimiento en Cristo de una naturaleza espiritual inocente.

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó...”

Romanos 8:33 al 37

Capítulo cuatro

LA INOCENCIA DE LOS SANTOS

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”.

Romanos 8:1

El Nuevo Pacto es el Nuevo Hombre. Nosotros no hicimos un pacto con Dios al levantar la mano en una campaña evangelística o al aceptar a Jesús como Señor y Salvador de nuestras vidas. Esa es una enseñanza errónea de la religión. El Nuevo Pacto es un pacto que el Padre hizo con el Hijo, y por eso es infalible. Nosotros, por la gracia, recibimos la vida del Hijo y, al haber sido puestos en Él, también tenemos un pacto.

Recibir la vida del Hijo nos otorgó la Luz, porque la vida es la Luz de los hombres (**Juan 1:4**). Cuando fuimos regenerados, estábamos muertos en delitos y pecados. Los muertos no aceptan a nadie, no eligen a nadie, no determinan nada. Fue el Espíritu Santo quien nos trajo convicción de

pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). Así opera la gracia: no la generamos, sino que la recibimos (**Efesios 2:8**).

Cuando enseño esto, siempre hay quienes me califican de calvinista, pero eso me parece absurdo. Veo a muchas personas tratando de fragmentar, calificar o encasillar los aspectos del Reino dentro de determinada corriente teológica, como mencioné en el primer capítulo sobre las dispensaciones. Sin embargo, yo no veo la Biblia de esa manera ni analizo las cosas del Reino bajo estructuras humanas. Solo veo la dinámica de la vida y trato de abrazar la gracia sin necesidad de identificarme con una corriente específica.

Para que alguien se considere calvinista, debe haber leído toda la obra de Calvino y estar completamente de acuerdo con él, pero ese no es mi caso. Simplemente creo que, si el Espíritu Santo no nos trae convicción ni obra en nuestra vida dándonos luz, no seríamos capaces de comprender el evangelio.

No creo en los méritos compartidos ni en que nos salvemos por la obra de Cristo más nuestra capacidad de elegir. Creo en la salvación por la gracia divina, pero eso lo explico con más detalle en mi libro “Salvados por Su Gracia”, que les recomiendo leer para profundizar en este tema.

El perdón, la justificación, la redención, la santificación y todas las virtudes de Cristo nos son otorgadas

por gracia. Él nos devolvió la inocencia porque, como culpables, nos llevó con Él a la cruz. Cuando Él murió, nosotros morimos en Él; pero cuando resucitó, también resucitamos para una vida nueva. Ahora somos justos en Él, inocentes y sin condena pendiente.

“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

Romanos 6:5 al 11

Jesucristo no solo pagó nuestra deuda muriendo en nuestro lugar, sino que, al resucitarnos en Él, al darnos su vida y al integrarnos en su cuerpo, nos otorgó la autoridad y el poder de su justicia. En este glorioso pacto, no solo volvemos a ser inocentes, sino que somos justos ante el Padre, y eso tiene un significado poderoso, porque no solo hemos sido librados de la maldición, sino que ahora tenemos vida eterna. La vida eterna no es algo que tal vez recibiremos algún día, sino que es una posesión presente.

“En verdad, en verdad os digo: el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida.”

Juan 5:24

Es realmente triste que algunos cristianos piensen que deben hacer algo para ganar la vida eterna. Creen que una vida de fidelidad les otorgará el premio de la vida eterna, pero tienen los conceptos al revés. La vida eterna es lo primero que recibimos. No se puede alabar y servir a Dios con excelencia si no se comprende esta gracia.

Tampoco se puede vivir en plenitud ni predicar el evangelio con efectividad si no entendemos lo que tenemos en Cristo. Cuando era evangelista, discutí este tema con un pastor amigo, quien un día me dijo: “¡Qué bárbaro! ¡Qué seguro estás de tu salvación!” A lo que respondí: “Si no estuviera seguro de la obra de Jesucristo, ¿cómo podría predicarles el evangelio a otros?” La buena noticia no es que esto puede funcionar si hacemos las cosas bien; la buena noticia es que Jesucristo hizo las cosas bien, de tal manera que no hay posibilidad de que el Reino no funcione.

El evangelio es “buena noticia”. No hay una buena noticia en algo que solo podría funcionar si cumplimos ciertas condiciones. La buena noticia es que Jesucristo ha garantizado el Reino. Ni el Reino ni la Iglesia, como canal de manifestación, dependen de los hombres. Todo está en el poder y la soberanía de Dios. Lo que Él ha querido, ha hecho; y lo que determine, simplemente hará.

Vivir en Cristo, no significa pasividad, no es que no tengamos que hacer nada. Ciertamente estaremos activos, pero en Él. Es el Señor quien debe hacer su voluntad a través de nuestras vidas. Somos el cuerpo de Cristo, y el cuerpo debe manifestar la vida que opera en él, no al revés. Nuestro cuerpo hace lo que la cabeza indica, y es el medio por el cual se expresa la vida interior.

Esa debió ser la dinámica de vida de Adán, pero el pecado lo desconectó de Dios, por lo que comenzó a expresar solo su propia voluntad y a crear sus propios dominios. Jesucristo restauró la posición perdida, nos reconcilió con el Padre y nos devolvió la comunión necesaria para expresar Su voluntad, aun si ello implica renunciar completamente a la nuestra.

Haber sido limpiados de todo pecado por la sangre de Cristo y haber sido santificados por Su Espíritu nos devolvió la inocencia necesaria para expresar el poder del Reino. Es verdad que, en ocasiones, tenemos pensamientos impuros, sentimientos erróneos, palabras vanas y actos pecaminosos, pero no deseamos nada de eso.

El problema es que no podemos evitar que una parte de nuestro ser nos aceche con cierta pecaminosidad. Pablo lo explicó muy bien en su carta a los romanos: ***“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé***

que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:15 al 24).

Pablo aprendió dos cosas en esta lucha interior. La primera fue que no había ningún bien en él, porque todo el bien que opera en nosotros es Cristo. Muchos cristianos creen que, en su condición humana, pueden agradar a Dios a través de sus obras piadosas. Están tan ocupados en un activismo constante que son como las abejas, pero en realidad no producen miel. Piensan que al estar tan ocupados y llevar una buena conducta, suman a la justicia que Cristo les otorgó.

Amados, el trabajo está bien y las obras piadosas son buenas, pero todo eso es consecuencia de la gracia recibida, no algo que debemos hacer para obtener el favor divino. Es decir, no hacemos cosas para ser, sino que somos y por eso hacemos. Todo es parte de la gracia recibida. Nada haríamos por nosotros mismos si no fuera por el Espíritu Santo obrando en nuestro interior.

Voy a expresar algo que es duro, pero creo que es necesario: cualquier cosa que hagamos en la carne, con nuestras propias fuerzas, con la idea de ganar el favor de Dios, de devolver algo de lo recibido o por complacer nuestra propia justicia, Dios la aborrece. Dios no acepta lo que producimos con nuestras ideas o nuestras fuerzas, sino lo que Cristo hace a través de nosotros.

Entendamos que el agrado del Padre, el deleite del Padre, es Cristo. Nosotros recibimos la gracia de vivir en Él, de ser en Él y de movernos en Él (**Hechos 17:28**), pero es Su Espíritu el que hace todas las cosas. Incluso poniendo el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**), o haciendo en nosotros lo que es agradable delante de Él por medio de Jesucristo (**Hebreos 13:21**).

El apóstol Pablo, como fariseo orgulloso, podía jactarse de tener muchas cosas en las que gloriarse. Cuando escribió a los **Filipenses 3:4 al 6**, les dijo: *“Aunque yo también tengo de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable”*. Dios le hizo ver que estaba perdido, que todo era inútil, que no había ni una cosa buena en sus capacidades. Este versículo fue la respuesta del apóstol Pablo a quienes esperan exprimir algunas gotas de bondad del hombre natural.

Ahora bien, Pablo no solo descubrió que no había ningún bien en su vieja naturaleza, sino que también aprendió una segunda lección: que tampoco había poder alguno en la nueva naturaleza si esta no opera sujeta a la vida del Espíritu Santo. Por eso, hay muchos cristianos que, aun teniendo el Espíritu Santo, no expresan humildad, ni el poder de la sujeción, ni la contribución de sus capacidades espirituales.

Reitero esto: la nueva naturaleza no tiene poder en sí misma. Es la vida del Espíritu Santo, en comunión con nuestro espíritu humano, la que permite la tracción de Su poder. Por ello, hay muchos cristianos en un estado de frustración, porque no han podido materializar sus buenos propósitos de servir a Dios, no han podido caminar conforme a algunas palabras recibidas, y han sido derrotados en algunas batallas espirituales.

Esto sucede, porque de alguna manera confiamos en nosotros mismos, y la verdad es que no podemos ni siquiera hacer el bien que deseamos hacer. Más allá de la vida nueva que opera en nosotros, necesitamos ser dependientes del Señor en todo momento, porque es en Él que opera la inocencia. Pablo dice que nuestra vieja naturaleza está viciada y que debemos despojarnos de ella (**Efesios 4:22 al 24**). Luego debemos funcionar como Jesús, dependiendo del Espíritu Santo y de la voluntad del Padre, lo cual no pudo hacer Adán.

Muchos hermanos hoy en día hacen resoluciones cargadas de buena voluntad, pero son propias, no surgen de

la mente de Cristo. Así mismo, muchos generan cosas desde el carácter emprendedor de ellos mismos, de su entusiasmo natural y de su actitud positiva frente a la vida en general. Pero, con el tiempo, les llegan las dificultades, el cansancio, el desánimo, la frustración, y al final les sobreviene el fracaso.

El apóstol Pablo dice que no debemos ignorar las maquinaciones del maligno (**2 Corintios 2:11**), pero identifica como el enemigo más peligroso a nuestra propia naturaleza de pecado. **Romanos 7:15 al 24** revela el contraste y el conflicto entre las dos naturalezas de los hijos de Dios. Todos debemos inclinar la cabeza en vergüenza y disgusto al ver una descripción de nosotros mismos: *“Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”*.

Somos inocentes ante Dios, pero todavía tenemos un cuerpo de muerte y una ley que pretende llevarnos cautivos al pecado. Es la ley del Espíritu y de la vida la que nos permitirá ser efectivos, pero debemos tener claro que, si en algo pecamos, nuestra inocencia recibida en Cristo no sufre modificación. No es que pasamos de inocentes a culpables con cada mal pensamiento, cada palabra incorrecta, o cada acción pecaminosa. En Cristo somos inocentes ante el Padre, mientras peleamos por tomar la cruz y despojarnos de nuestra vieja naturaleza.

Es por esta dinámica de la gracia, que podemos sostenernos en el Pacto, y el apóstol Pablo se ocupa de aclarar que esto no es licencia para pecar (**Romanos 6:15**). En realidad, todo aquel que permanece en Cristo no peca; todo aquel que peca, no le ha visto ni le ha conocido (**1 Juan 3:5 y 6**). Es decir, los cristianos no deseamos ofender a Dios, no deseamos pecar, pero sufrimos de una naturaleza que pretende llevarnos al pecado y a la culpa. Por eso debemos vivir en la fe del Hijo (**Gálatas 2:20**).

Si al momento de la regeneración no somos librados de nuestra vieja naturaleza, y si en la nueva naturaleza no hay un poder especial que evite todo pecado, es lógico que clamemos como Pablo: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*”. Sin duda, la palabra “miserable” es una expresión de agotamiento a causa de la lucha contra el pecado.

Pablo dijo aquí que por momentos podía sentirse miserable, pero no dijo que era culpable. Luego, la expresión “*este cuerpo de muerte*” es muy terrible, porque según entienden los eruditos bíblicos, hace referencia a una perversa costumbre de la justicia romana. Algunas autoridades eran famosas por su actitud sádica, especialmente cuando trataban con criminales.

La mayoría de la gente está familiarizada con la horrible e inhumana práctica de la crucifixión, pero muchos consideran que hay otro método de castigo aún más escandaloso y atroz, que los tiranos romanos aplicaban con

mayor frecuencia a los asesinos, y era que de manera bestial, encadenaban al asesino convicto al cadáver de su víctima.

No le ponían unas cadenas en las manos, ni los ataban a su espalda, sino que los ataban cara a cara, mano a mano, cintura a cintura y pie a pie. El asesino, todavía vivo, se veía obligado a vivir unos días soportando directamente el peso y el hedor putrefacto del cadáver al cual permanecía atado. Con el tiempo, por supuesto, la carne podrida del cadáver se infectaría con enfermedades, afectando al asesino y provocando un final horrible y espantoso.

Se entiende que el apóstol Pablo probablemente estaba al tanto de esto, así como de la mayoría de las demás leyes, costumbres, prácticas y tradiciones romanas. De hecho, escribió varias de sus epístolas, como la carta a los Efesios, Filipenses, Colosenses y su carta a Filemón, mientras estaba encarcelado bajo el régimen del gobierno romano.

Por tal motivo, Pablo clama en forma de pregunta: ***“¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”*** Y luego responde: ***“¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo, Señor nuestro!”***. La liberación viene mediante nuestro Señor Jesucristo. La salvación viene por medio de Él, y también el proceso de la santificación. Cristo ha provisto todo lo que necesitamos. No es con nuestras fuerzas, sino con Su Espíritu.

Hay dos naturalezas en todos los redimidos. En nuestra vieja naturaleza, es decir, en nuestra débil condición humana,

seguiremos siendo afectados por pensamientos, palabras y acciones incorrectas. La madurez espiritual nos otorgará dominio propio, y la revelación de la cruz nos permitirá vivir cada vez más libres de esta condición. Todo esto debe ser gestionado desde la dependencia y el poder del Espíritu Santo.

La nueva naturaleza no tiene poder en sí misma, pero tiene la virtud de sujetarse al gobierno de Dios, desde una plena comunión espiritual. Esa nueva naturaleza tiene la esencia de Cristo, es eterna, santa, justa e inocente. Es a través de esa esencia que podemos contar con el poder del Espíritu Santo.

Si pretendemos vencer los embates del pecado, no debemos intentarlo con nuestras fuerzas, porque seguramente fracasaremos y además nos sentiremos culpables. Sin embargo, si enfrentamos el pecado con el poder del Señor y vivimos en la fe de Él, nos sorprenderemos de los resultados y en todo tiempo nos podremos sostener en un constante estado de inocencia.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”.

Gálatas 2:20 y 21

Capítulo cinco

SOMBRAS DE INOCENCIA

(Parte 1)

*“Pues el Señor ama la justicia
Y no abandona a quienes le son fieles,
Pero destruye a los malvados
Y los deja sin descendencia.
Los hombres buenos heredarán la tierra
Y vivirán en ella para siempre”.*
Salmo 37:28 y 29 DHH

Es claro que la inocencia recibida en Cristo es la que nos posiciona ante el Padre, y esa inocencia nos permite desarrollar una profunda comunión con el Espíritu, así como nos posiciona para una vida de Reino verdadera. Esa es la inocencia que nosotros no hubiéramos podido conseguir de ninguna forma. Esa es la que se nos otorga por gracia en la persona de Cristo y es la que nos otorga autoridad y poder espiritual.

Sin embargo, en este capítulo, quisiera hacer foco en la inocencia generada por la actitud, la consciencia y la moral

humana, porque, si bien esa inocencia no alcanza para salvarnos, es muy grata a los ojos del Señor y ciertamente también es poderosa.

En la Biblia, tenemos varias historias, desde Adán hasta el nacimiento de Jesús, en las cuales vemos a personas íntegras, obedientes o inocentes en diferentes circunstancias. Deseo que veamos de qué manera Dios se relacionó con estas personas, guiándolas para que fueran parte de Su propósito, las guardó de muchos males y derramó favor sobre ellas, reconociendo que procuraron vivir en justicia.

“Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella”.

Hebreos 11:4

Abel fue el primer hombre después de Adán que la Biblia menciona como justo y como alguien que agradaba a Dios. Abel fue pastor y conocido por traer a Dios un sacrificio agradable, de los primogénitos de su rebaño. Caín, el hermano mayor de Abel, era un trabajador de la tierra y no trajo a Dios un sacrificio agradable.

En realidad, no fue que Caín ofreció a Dios frutas o verduras en mal estado, como algunos pretenden. Lo que ocurrió es que la paga del pecado es muerte y la vida está en la sangre. La ofrenda de Abel contenía una revelación que no

podía perderse y que sería muy trascendente para el futuro de la humanidad.

“Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató”.

Génesis 4:8

No hay detalles de cómo acontecieron estos lamentables hechos, solo que Caín había cambiado su semblante y, aunque Dios le había advertido que el pecado estaba a las puertas de su vida, no frenó su violencia, sino que planificó apartar a su hermano al campo para matarlo. Por ningún motivo podríamos especular si Abel tuvo alguna actitud altanera de orgullo ante la complacencia de Dios. Por el contrario, la Biblia deja ver que Abel fue alguien inocente que fue asesinado injustamente.

Este acto generó que Caín se convirtiera en el primer homicida de la humanidad, y Abel, el primer hombre asesinado injustamente. En una impresionante imagen de la necesidad de justicia, Dios dijo que la sangre de Abel clamaba a Él desde la tierra (**Génesis 4:10**). De hecho, hubo un castigo para Caín, ya que Dios mismo le dijo que la tierra ya no le daría su fuerza y sería un hombre errante y un extranjero toda su vida (**Génesis 4:11 y 12**).

Es cierto que ambos jóvenes eran descendientes de los primeros pecadores del planeta, pero ellos no se criaron bajo influencias diabólicas, o corrientes culturales como las que

padecemos hoy en día. Los niños hoy en día creen jugando a matar, mirando asesinatos en las películas o imitando a los soldados de guerra, pero en esa época no había ninguna influencia capaz de inducir a Caín a semejante pecado. Sin embargo, aconteció, dejando en claro que, a partir del Edén, todo pecado ya está en el corazón de los seres humanos.

A pesar de esto, vemos que Abel fue inocente en esta situación. Seguramente también tenía una naturaleza pecaminosa y en algunas ocasiones se vería su pecado, pero en este caso, Abel simplemente fue inocente y no merecía ese final. Aun así, la inocencia que puede parecer débil, fácil de engañar o propensa a la injusticia, es todo lo contrario, porque Dios no puede ser burlado (**Gálatas 6:7**).

Después de la pérdida de Abel, Adán y Eva tuvieron otro hijo, al que le pusieron de nombre “Set”, que suena como la palabra hebrea para “designado”, porque Eva dijo que Dios le había asignado otra descendencia para reemplazar a Abel (**Génesis 4:25**). La descendencia de Set era considerada como el linaje justo; y fue a través de la línea de Set que nacieron Enoc y Noé.

“Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Dios”.

Génesis 4:26

Abel había adorado a Dios de forma correcta, y ahora la familia de Set hacía lo mismo. Jesús identificó a Abel

como el primer mártir de la humanidad (**Mateo 23:35**). El autor de la carta a los hebreos también elogia a Abel por su fe (**Hebreos 11:4**). Por causa de su inocencia, Abel continuó hablando, en el sentido de que demostró una verdadera adoración a Dios, y sus acciones siguen siendo un ejemplo de fe y de justicia para nosotros.

Siempre que actuemos con justicia, obtendremos recompensa. No debemos pensar que ser engañados, difamados o atacados de alguna manera puede producirnos pérdidas como si fuéramos unos pobres tontos. Eso es lo que la cultura del mundo actual dice que debemos pensar, pero ante Dios no es más poderoso el más astuto o violento, sino el que es verdaderamente inocente.

Abel fue perseguido por su fe; también nosotros lo seremos (**Juan 15:20; 2 Timoteo 3:12**). Dios escuchó la sangre de Abel que clamaba desde la tierra, y respondió desde los cielos. Dios está atento a nuestras vidas y a nuestras necesidades. En toda la historia del cristianismo, hemos tenido mártires capaces de dar su vida por causa del Reino. Algunos han sido más populares que otros, pero no hay dudas de que ante Dios, todos recibirán su recompensa.

En la historia de Abel también vemos que el propósito de Dios no puede ser frustrado. Caín fue desterrado, pero Adán y Eva recibieron a Set, a través del cual vino finalmente el Mesías. Aunque Dios pronunció una maldición sobre el pecado en el Edén, también prometió un Salvador (**Génesis 3:15**). Abel fue una víctima de la realidad de la

pecaminosidad humana; sin embargo, el Salvador prometido, Jesús, vino, y Su sangre estableció la justicia para quebrar la pecaminosidad.

“Noé era un hombre justo, perfecto entre sus contemporáneos; Noé andaba con Dios”.

Génesis 6:9

Noé representa la décima generación desde Adán y vemos por las Escrituras que era un hombre muy especial. Su padre, Lamec, afirmó que su hijo traería alivio de las obras y del trabajo que debían realizar por causa de la tierra maldecida. El nombre Noé, en hebreo, suena como “descanso o alivio” y ciertamente lo fue, luego del gran juicio de Dios sobre la tierra.

“El Señor vio que era demasiada la maldad del hombre en la tierra, y que siempre estaba pensando en hacer lo malo; y le pesó haber hecho al hombre. Con mucho dolor dijo: Voy a borrar de la tierra al hombre que he creado, y también a todos los animales domésticos, y a los que se arrastran, y a las aves. ¡Me pesa haberlos hecho!”

Génesis 6:5 al 7

La ira de Dios no se encendió en vano; los hombres se habían corrompido en gran manera. No solo había un rechazo y un desprecio hacia el Creador, sino que estaban pervirtiendo la genética humana. Es cierto que Dios dijo que destruiría a todos los hombres; sin embargo, Noé halló gracia (**Génesis 6:8**), lo cual implica que también tenía la naturaleza

pecaminosa y podría haber sido destruido. Pero, más allá de la gracia, vemos que Noé fue considerado por Dios como un hombre justo, y como dicen las diferentes versiones, era irreprochable, honrado, perfecto, cabal, honesto, bueno y obedecía siempre a Dios.

Casi podemos ver en la historia de Noé una progresión de la espiritualidad en la vida del patriarca. Al decir que Noé era justo, sabemos que era obediente a los mandatos de Dios, lo mejor que podía y entendía en ese momento. Fue intachable en su generación, destacándose entre la gente de su época. Mientras ellos se dedicaban al libertinaje, Noé llevaba una vida ejemplar. Además, Noé caminó con Dios, lo cual lo coloca en la misma clase que su bisabuelo Enoc (**Génesis 5:24**); esto implica no solo una vida obediente, sino una relación viva e íntima con Dios.

La vida obediente de Noé se demuestra en su disposición a obedecer sin cuestionar las órdenes del Señor con respecto al arca (**Génesis 6:22; 7:5 al 9**). Consideremos que lo más probable es que Noé y su generación nunca hubieran visto llover antes, y sin embargo, Dios le dice a Noé que construya una gran embarcación marítima que no esté cerca de ninguna extensión de agua. Tal vez sufrió la burla de todos, y tal vez fue considerado un pobre hombre, pero al final, la justicia dio su veredicto.

Según los cálculos de algunos eruditos bíblicos, la población mundial en la época de Noé era de más de mil millones de personas. No estamos hablando de poca gente.

Noé fue pregonero de justicia (**2 Pedro 2:5**), es decir, que predicó durante casi cien años, pero nadie se arrepintió lo suficiente como para ser considerado digno de entrar al arca cuando llegó el diluvio.

El autor de la carta a los hebreos dice que Noé condenó al mundo con sus acciones justas (**Hebreos 11:7**). Durante el largo proceso de construcción del arca, Noé siguió predicando y obedeciendo fielmente al Señor en el diseño de la embarcación. La ira de Dios cayó sobre todos los culpables, pero Noé fue hallado inocente y su inocencia también salvó a su familia, otorgando a la humanidad un nuevo tiempo de paz y bendición.

Como prueba de su caminar con Dios, después del diluvio, Noé construyó un altar y ofreció sacrificios a Dios (**Génesis 8:20**). La adoración era una parte central de la vida de Noé, y esto es clave resaltarlo, porque así como la culpa hizo que Adán se escondiera, vemos que la inocencia de una vida íntegra siempre genera adoración. Más allá de la naturaleza pecaminosa, los inocentes desean acercarse a Dios con sinceridad.

Noé no necesitó procesos de escarmiento antes de entrar en acción; Dios ordenó y él obedeció. Esto fue una constante en la vida de Noé. Si tuviéramos que tomar ejemplo de Noé, no hay mejor regla a seguir que la de ser justos, irreprochables en nuestra generación y andar con Dios (**Génesis 6:9**). En otras palabras, estar bien con Dios y estar bien con el prójimo es comprender la esencia de la Ley

divina. Jesús dijo: ***“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”*** (Mateo 22:37 al 40).

Noé no fue una persona absolutamente inocente, porque no pudo eludir la naturaleza pecaminosa caída que todos poseemos, pero la gracia de Dios estaba sobre él. Esto nos enseña que Dios siempre salva a Sus elegidos y los libra del mal, sosteniéndolos lo necesario para que puedan concretar Sus planes.

Vemos que Dios fue paciente con respecto al juicio mientras Noé construía el arca (**1 Pedro 3:20**). El Señor sabe cómo rescatar a los piadosos de las pruebas (**2 Pedro 3:8 y 9**). Cuando entendemos que el Señor pospondrá el juicio final hasta que todos los escogidos lleguen al arrepentimiento, podemos trabajar de manera diligente, alertas pero con paz, sabiendo que somos del Señor.

“Si estuvieran en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarían únicamente sus propias vidas, dice Jehová el Señor.”

Ezequiel 14:14

El profeta Ezequiel vivió y profetizó entre el año 593 a.C. y el 571 a.C. Su ministerio se desarrolló durante el cautiverio de los judíos en Babilonia, por eso tuvo que soltar

palabras muy duras contra Judá y, más precisamente, contra Jerusalén. En este capítulo catorce, deja en claro el merecimiento del castigo para la ciudad y pone como ejemplo a Noé, a Daniel y a Job, quienes dice que, por su justicia, librarían sus vidas, pero no podrían evitar el juicio contra la ciudad.

Noé libró a su familia, pero no pudo librar a más de mil millones de personas. Daniel fue un varón justo, pero tampoco pudo evitar la deportación de su nación, pero en él me enfocaré en el capítulo siguiente. Ahora lo haré con Job, para respetar el orden cronológico. Si bien la Biblia no fecha la época de Job, las referencias internas en el libro sugieren que vivió alrededor de la época de los patriarcas de Abraham, Isaac y Jacob, alrededor del año 2100 a.C.

“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.”

Job 1:1

La vida de Job ha dado lugar a las tan trilladas preguntas de siempre: ¿Por qué suceden cosas malas a gente buena? ¿Por qué le pasaron tantas cosas a Job si era un varón justo y apartado del mal? Estas son preguntas muy comunes y no pueden ser satisfechas de manera superficial.

Job tuvo siete hijos y fue un hombre con mucha riqueza. El relato bíblico nos dice que un día Satanás se presentó ante Dios, y Dios le preguntó qué pensaba de Su

siervo Job. Satanás acusó a Job de que él solamente honraba a Dios porque era un hombre bendecido, pero en realidad, Job era inocente de esa diabólica acusación.

De todas maneras, Dios permitió que Satanás le quitara todo el ganado, los bienes materiales y lo que es peor, a todos sus hijos. Luego, Dios permitió que Satanás afligiera a Job físicamente, siendo este inocente de toda causa. Por supuesto, Job se afligió enormemente, pero en ningún momento atribuyó a Dios despropósito alguno o injusticia (**Job 1:22**).

Los amigos de Job estaban seguros de que debió haber pecado para merecer un castigo semejante, y discutieron con él sobre esto, cuestionando dolorosamente su inocencia. Sin embargo, Job mantuvo su confesión de inocencia, aunque ciertamente deseó la muerte. *“Inocente soy, no hago caso de mí mismo, desprecio mi vida”* (Job 9:21).

Un hombre joven llamado Eliú intentó hablar en nombre de Dios, antes de que Dios mismo le respondiera a Job, y aunque fue el más acertado en sus dichos, ninguno pudo ser muy contundente en el análisis de la situación. Es muy lamentable esta mentalidad de que si un hijo de Dios vive procesos de dolor o pérdida, es porque algo malo hizo. Es muy triste que algunos juzguen las cosas de esta manera, porque al dolor que viven los afligidos, se les suma el juicio erróneo de sus hermanos.

Es cierto que, si hacemos las cosas bien y no abrimos puertas a las trampas de Satanás, lo más lógico es que no

vivamos grandes aflicciones, pero esto no siempre es así. Dios es Soberano y Él sabe lo que necesitamos vivir. Es por eso que, muchas veces, aun haciendo las cosas de la mejor manera y con integridad, podemos sufrir dolorosos procesos.

Hay cosas que no tenemos la capacidad de explicar, y mucho menos cuando somos nosotros los que nos encontramos en un valle de sombra o de muerte. Sin embargo, nuestra fe y nuestra confianza en el Señor deben fortalecernos para seguir adelante, sabiendo que Satanás no puede zarandearnos sin permiso y que nada de lo que puede acontecer está fuera del gobierno de nuestro Padre.

De hecho, el Señor le habló duramente a Job y lo confrontó con su ignorancia. Obviamente, Job pasó de un estado de justificación humana a un estado de justificación divina, porque respondió al discurso de Dios con toda humildad y arrepentimiento, diciendo que él había hablado de cosas que no sabía y que no entendía (**Job 40:3 al 5; 42:1 al 6**).

Luego de hablarle a Job, el Señor le dijo que Él estaba enojado con sus amigos, por no haber hablado lo recto de Él, por haberlo juzgado injustamente (**Job 42:7 y 8**). Dios les habló directamente y les dijo que ofrecieran sacrificios y que Job oraría por ellos, y Dios aceptaría su oración. Job así lo hizo, probablemente perdonando a sus amigos por haberlo culpado cuando él era un hombre inocente, y Dios restauró al doble la fortuna de Job (**Job 42:10 al 12**).

Job es un gran ejemplo porque nunca perdió su fe en Dios, incluso bajo las circunstancias más desesperantes que lo probaron hasta lo más profundo. Hoy en día, hay hermanos que por muy poco se ofenden con Dios, se apartan de sus caminos y juzgan sus sufrimientos como un acto de injusticia divina. Debemos tener mucho cuidado con esto. Dios hace salir su sol sobre malos y buenos, y permite la lluvia sobre justos e injustos (**Mateo 5:45**). No debemos pensar que, por ser cristianos, no vamos a padecer aflicciones.

No conozco a ningún hermano en la fe que haya perdido todo lo que Job perdió en un solo día. Muchos caerían en depresión y quizás incluso cometerían suicidio después de semejantes pérdidas. Sin embargo, aunque Job fue duramente oprimido hasta el punto de maldecir el día de su nacimiento (**Job 3:1 al 3**), nunca maldijo a Dios, ni flaqueó en su entendimiento de que Dios estaba en control.

Por otra parte, los tres amigos de Job, en lugar de consolarlo, le dieron malos consejos e incluso lo acusaron de cometer pecados lo suficientemente graves como para haber causado todo lo que le había pasado. Job defendió y mantuvo su inocencia. Él sabía que Dios no era ajeno a lo que le sucedía y se retorció de dolor, pero levantó su voz diciendo:

“He aquí, aunque Él me matare, en Él esperaré; no obstante, defenderé delante de Él mis caminos.”

Job 13:15

De hecho, cuando su propia esposa le dijo que maldijera a Dios y se muriera, Job le respondió: ***“Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien y el mal no lo recibiremos?”*** (Job 2:10). El apóstol Santiago se refiere a Job como un ejemplo de perseverancia y escribió: ***“Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo”*** (Santiago 5:10-11).

La dura experiencia de Job nos enseña que quizás nunca lleguemos a saber la razón específica de los sufrimientos humanos, pero los cristianos debemos confiar en nuestro Soberano Padre. Sus caminos son perfectos (**Salmo 18:30**), y sus planes para nosotros son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**). Debemos confiar en que lo que Él hace, o permite, siempre y cuando podamos ser como Job, inocentes de toda causa contraria.

Por supuesto, estas son sombras de la perfecta inocencia que solo podemos recuperar en Cristo, y solo Él ha sido perfectamente inocente. Sin embargo, la integridad y la inocencia ante los hechos cotidianos tiene su peso y como vemos, también su recompensa. Lo que no debemos hacer, es reclamar o jactarnos de nuestra buena conducta, porque al final, seguimos necesitando de la gracia divina.

***“Porque aunque yo tuviera razón, no podría responder;
tendría que implorar la misericordia de mi juez”.***

Job 9:15



Capítulo seis

SOMBRAS DE INOCENCIA

(Parte 2)

“Y dijo Faraón a sus siervos: ¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios? Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú”.

Génesis 41:38 y 39

José fue el undécimo hijo de Jacob, el primer hijo que tuvo con Raquel, la esposa que Jacob realmente amaba. El segundo hijo con Raquel fue Benjamín, pero ella murió al dar a luz, lo que hizo que José fuera aún más especial para su padre. Por ello, Jacob le regaló una hermosa túnica de colores (**Génesis 37:3**).

Los hermanos de José estaban celosos, pues sabían que su padre lo amaba más que a ellos, lo que los llevó a odiarlo (**Génesis 37:4**). Por parte de José, no vemos malvadas intenciones de alimentar ese celo; creo que fue inocente en su actitud, aunque tal vez un poco ingenuo al contarles a sus hermanos algunos sueños que tenía, los cuales eran proféticas

visiones que indicaban que un día él gobernaría sobre su familia (**Génesis 37:5 al 11**).

El odio de sus hermanos alcanzó su punto máximo cuando José fue enviado por su padre a llevarles alimento al campo. Cuando lo vieron llegar, dijeron: “*Ahí viene el soñador...*” Entonces conspiraron para matarlo en el desierto.

Rubén, el primogénito, se opuso rotundamente al asesinato, y sugirió que lo lanzaran en una cisterna, pues tenía previsto regresar para rescatarlo. Pero, en la ausencia de Rubén, pasó por allí una caravana de mercaderes, y Judá propuso vender a José como esclavo. Los demás hermanos estuvieron de acuerdo y vendieron a José antes de que Rubén pudiera rescatarlo.

Los hermanos tomaron la túnica de José, la sumergieron en sangre de cabra y engañaron a su padre, haciéndole creer que su hijo favorito había sido devorado por una bestia salvaje (**Génesis 37:18 al 35**). No sé si podemos imaginar lo que un joven como José pudo haber sentido en un momento tan traumático como ese. No solo fue traicionado por sus hermanos, sino que, de repente, se encontró como un simple esclavo, sin saber qué sería de él.

José fue un joven completamente inocente, y al conocer la historia, entendemos el propósito de Dios en esos hechos. Sin embargo, en la vida no recibimos un manual profético que nos diga que todo lo que nos está sucediendo forma parte de un plan extraordinario. Es cierto que José

había recibido sueños, y nosotros, miles de años después, podemos ver en ellos una clara indicación de lo que le sucedería. Pero en ese momento, no sabemos si esos sueños fueron lo suficientemente significativos cómo para que José pudiera afrontar esas pruebas con gran expectativa.

Es fácil decir: “Bueno, José ya sabía que terminaría gobernando, por eso nunca perdió de vista su propósito y se fortaleció en eso...” Sin embargo, cuando se trata de nuestra propia vida, la incertidumbre y la desorientación pueden atacarnos rápidamente en tiempos de crisis. No importa cuántas palabras proféticas hayamos recibido, ante un proceso todos dudamos.

La Biblia no nos cuenta detalles de los pensamientos o los sentimientos de José, pero supongo que, dada su inocencia, consideró sus circunstancias como una amarga injusticia. Fue vendido a un egipcio de alto rango llamado Potifar, y eventualmente se convirtió en el supervisor de su casa.

José sobresalió en sus funciones y pronto se ganó la confianza de Potifar. Este lo puso a cargo de todos sus bienes. Sin embargo, un tiempo después, la esposa de Potifar trató de seducir a José. Al negarse, ella lo acusó falsamente de intentar violentarla sexualmente (**Génesis 39:7 al 20**).

En esa época, el intento de violación a la esposa de un general de alto rango en una nación como Egipto, hubiera sido castigado con la muerte. Sin embargo, el aprecio de

Potifar por José, su inocencia y el propósito de Dios lo respaldaron una vez más. En lugar de ser condenado a muerte, fue encarcelado durante unos años.

¿Qué puede haber sentido un hombre acusado de violación injustamente? En casos como estos, la inocencia no se puede probar fácilmente, ya que es palabra contra palabra. Sin embargo, supongo que, en su corazón, José debió haber estado profundamente conmovido por esta situación.

Los caminos de Dios son misteriosos, y aunque nadie desea pasar por procesos dolorosos, es indudable que Él los usa para forjarnos y promovernos a nuevos niveles. Los procesos no son nuestros enemigos cuando estamos en inocencia. Sin embargo, pueden ser dolorosas reprimendas cuando ciertamente somos culpables.

La inocencia tiene esa gran virtud: respalda los procesos divinos, transformándolos en bendición. Cuando vivimos circunstancias injustas y parece que somos víctimas, no debemos desesperar. Dios es un Juez Justo, y si caemos en un proceso siendo inocentes, podemos estar seguros de que será para nuestra bendición y promoción divina.

En la cárcel, José interpretó los sueños de dos compañeros de prisión. Ambas interpretaciones resultaron ser ciertas, y uno de ellos fue liberado y restaurado a su posición como copero del rey (**Génesis 40:1 al 23**). Sin embargo, el copero se olvidó de José y no mencionó nada de su caso. Dos años más tarde, cuando el faraón tuvo unos

sueños que lo perturbaban, el copero recordó el don de José para interpretar sueños.

El faraón convocó a José, quien le dio la interpretación de los sueños: Luego de considerar las siete vacas gordas y las siete vacas flacas, José entendió que se venían sobre el mundo, siete años de abundancia seguidos por siete años de hambruna. Fue entonces que le aconsejó a faraón, almacenar grano en los años de abundancia, preparando a la nación para la escasez que luego vendría (**Génesis 41:1 al 37**).

Por su sabiduría, y por considerar que el Espíritu de Dios estaba sobre José, faraón lo nombró como gobernador de Egipto, para ser segundo en autoridad, solo después de él mismo. José contó con miles de hombres a su servicio, y se encargó de almacenar alimentos durante los años de abundancia y de distribuirlos durante los años de hambre (**Génesis 41:38 al 57**).

Cuando la hambruna afectó al mundo conocido, Jacob envió a diez de sus hijos a Egipto para comprar grano (**Génesis 42:1 al 3**). Durante su estancia en Egipto, se encontraron con su hermano perdido, pero no lo reconocieron. Sin embargo, José los reconoció a ellos. Pudo haberse vengado violentamente, pero eligió probar la situación con sabiduría.

Primero los acusó de ser espías y los mantuvo prisioneros durante unos días, pero luego los liberó, dejando a uno de ellos y enviándolos con grano a sus hogares,

pidiéndoles que regresaran con su hermano menor, Benjamín, quien era su hermano de padre y madre, y a quien José amaba y deseaba ver (**Génesis 42:6 al 20**).

Aún sin saber que José era quien los recibía, los hermanos se sintieron culpables por lo que le habían hecho años atrás (**Génesis 42:21 y 22**). José escuchó su discusión y se apartó a llorar (**Génesis 42:23 y 24**). Cuando la inocencia respalda nuestra vida, los actos injustos son muy dolorosos, y si nuestro corazón no está bien, podemos llenarnos de indignación. Si no tratamos con esos sentimientos, la indignación puede transformarse en rencor, odio o deseos de venganza.

José, ya en el poder, tenía todas las cartas para vengarse de sus hermanos. Podría haberlos encarcelado de por vida, pero eligió la paz y el perdón. Cuando sus hermanos regresaron a Egipto, fueron invitados a un banquete, lo que les causó temor. Al llegar, se inclinaron ante él, cumpliendo inconscientemente el sueño profético que José les había contado, de que un día se inclinarían ante él (**Génesis 43:26**).

José les preguntó por el bienestar de su familia, y quebrantado por la situación, se retiró para llorar nuevamente. Luego se secó las lágrimas y salió para servirles pan (**Génesis 43:27 al 30**). José intentó probar nuevamente a sus hermanos, pero al ver su actitud de arrepentimiento, decidió revelarse a ellos. Les dijo que no temieran por lo que le habían hecho, ya que Dios lo había enviado a Egipto para preservar sus vidas (**Génesis 45:4 al 8**).

José envió a sus hermanos de regreso a Jacob para traer a toda la familia y vivir en Gosén, cerca de él, donde los sustentaría. Años más tarde, tras la muerte de su padre, José reafirmó su perdón. Los hermanos aún temían que él se vengara, pero José les recordó que, aunque ellos lo habían traicionado, Dios había encaminado todo para bien (**Génesis 50:15 al 21**).

El perdón es impulsado por la inocencia; no son los culpables los que deben perdonar. Es una gran virtud que Jesús nos enseñó con su propio ejemplo. El perdón nunca debe ser entendido como un acto de vulnerabilidad ante los demás, sino como un acto de flexibilidad hacia nosotros mismos, hacia nuestras emociones y prioridades. El rencor puede anclarnos en el pasado, impidiéndonos avanzar y estancándonos en el dolor.

Perdonar no significa aprobar la maldad, ni implica que dejemos de sentir una profunda aversión hacia la injusticia. Pero significa que no estamos dispuestos a sucumbir al odio ni a la venganza. La inocencia nos eleva cuando expresamos compasión y misericordia hacia los culpables. Si buscamos venganza o no perdonamos, terminamos siendo como los victimarios. Pero si actuamos como Jesús, el Padre, sin duda, nos terminará recompensando.

Existen sorprendentes similitudes entre la vida de José y la del profeta Daniel, a quien cité en el capítulo anterior. Ambos prosperaron en tierras extranjeras tras interpretar los

sueños de sus gobernantes, y ambos fueron elevados a importantes cargos como resultado de su fidelidad a Dios. Además, ambos sufrieron dolorosos procesos a pesar de ser absolutamente inocentes.

Después de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió Jerusalén, escogió hombres ilustres del linaje real de Israel, de buen parecer y con aptitudes para aprender, para ser capacitados en los caminos babilonios (**Daniel 1:1 al 6**). El nombre “Daniel” significa “Dios es mi juez”, y no hay nombre más adecuado y esperanzador para un inocente.

La primera señal de la fidelidad de Daniel a Dios, fue cuando rechazó la deliciosa comida y el vino de la mesa del rey, porque lo consideraba contaminado. Se propuso comer solo legumbres y beber agua. Esto podría haber debilitado a cualquiera, pero Daniel fue fortalecido por el Señor y demostró ser diez veces mejor que los demás. Al igual que José, el Señor le dio la habilidad para entender visiones y sueños (**Daniel 1:17 al 20**).

En el segundo año de su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño que no pudo recordar. Ante la incapacidad de los magos, astrólogos, encantadores y caldeos para interpretarlo, el rey se enojó y decretó la muerte de todos los sabios, incluidos Daniel y sus compañeros. Sin embargo, tras orar a Dios, Daniel recibió la revelación del misterioso sueño del rey. Inmediatamente, Daniel atribuyó su habilidad para interpretar sueños al único y verdadero Dios (**Daniel 2:28**). Gracias a su sabiduría, Daniel fue honrado por

Nabucodonosor y puesto en autoridad sobre todos los sabios de Babilonia. Tiempo después, el rey tuvo otro sueño, y nuevamente Daniel lo interpretó. El rey reconoció que Daniel tenía el Espíritu del Dios Santo dentro de él (**Daniel 4:9**).

Daniel también interpretó una visión del rey Belsasar, hijo de Nabucodonosor (**Daniel 5:13 al 16**). Como recompensa por interpretar esa visión, Daniel fue promovido a la tercera posición más alta en el reino babilónico. Esa misma noche, tal como Daniel lo había profetizado, el rey fue muerto en batalla, y su reino fue absorbido por el persa Ciro el Grande, y con el tiempo, Darío de Media se convirtió en el nuevo rey.

Bajo el nuevo gobierno, Daniel sobresalió en sus deberes como uno de los gobernadores, a tal grado que el rey Darío estaba considerando ponerlo sobre todo el reino (**Daniel 6:1 al 3**). Esto enfureció a los otros gobernadores, quienes buscaron una manera de acusarlo. Al no encontrar ninguna falta en Daniel, centraron su atención en su fe.

Mediante la falsa adulación, los gobernadores persuadieron a Darío para que emitiera un edicto prohibiendo la oración a cualquier dios que no fuera el rey durante treinta días. Quien desobedeciera recibiría el castigo de ser arrojado al foso de los leones. Como Daniel desobedeció el edicto y continuó orando abiertamente al Dios verdadero, fue arrestado.

Con gran pesar, el rey dio la orden de que Daniel fuera echado en el foso de los leones, pero no sin antes orar para que el Dios de Daniel lo rescatara (**Daniel 6:16**). Al día siguiente, cuando Daniel fue encontrado vivo, le explicó al rey que Dios había enviado un ángel para cerrar las bocas de los leones y evitar que le hicieran daño.

“Mi Dios envió su ángel, que cerró la boca de los leones, y no me han hecho daño alguno porque fui hallado inocente ante Él; y tampoco ante ti, oh rey, he cometido crimen alguno”.
Daniel 6:22 DHH

Daniel fue un joven inocente cuando la nación fue llevada cautiva a Babilonia. Fue inocente cuando casi lo matan por un decreto real de Nabucodonosor. Fue inocente cuando lo enviaron al foso de los leones. En todas estas circunstancias, nunca vemos culpabilidad en Daniel. Por esta razón, siempre lo vemos salir victorioso de toda adversidad.

De hecho, Daniel era constantemente promovido a mayores cargos de autoridad. Incluso el milagro en el foso de los leones hizo que el rey Darío emitiera una orden para que todos sus súbditos adoraran al Dios de Daniel. Cuando actuamos con inocencia, no importa cuántos ataques podamos recibir, sean difamaciones, acusaciones o traiciones para perjudicarnos, Dios es nuestro Juez y Él convierte toda adversidad en bendición segura.

Daniel también es conocido por las visiones y sueños proféticos que Dios le otorgó, algunos de los cuales aún no se han cumplido pero señalan los tiempos del fin. Cuando actuamos en justicia, los dones y talentos que Dios nos da se potencian, y podemos ser canales de bendición para muchos. En cambio, cuando, a pesar de nuestra inocencia, caemos en rencor, amargura, odio o venganza, todo se traba. Y aunque tal vez hayamos sido inocentes de algunas hostilidades recibidas, podemos terminar siendo culpables si no somos capaces de perdonar rápidamente toda ofensa.

Daniel mostró una gran integridad. Al hacerlo, recibió respeto y afecto de los poderosos gobernantes a los que sirvió. Sin embargo, su honestidad y fidelidad a Dios, nunca lo llevaron a comprometer su fe en el único Dios verdadero. En lugar de ser un obstáculo para su éxito, su continua devoción a Dios trajo la admiración de los incrédulos que estaban a su alrededor.

Como resultado de su inocencia, Daniel halló favor y misericordia de los hombres poderosos, y también la gracia y protección de Dios. La inocencia siempre paga bien. A pesar de ser silenciosa y parecer una posición de debilidad, es todo lo contrario. La inocencia genera paz interior, comunión y fortaleza de parte de Dios, y con el tiempo, el reconocimiento de Su justicia.

***“El Señor atiende al clamor del hombre honrado,
y le libra de todas sus angustias.***

*El Señor está cerca, para salvar a los que tienen el
corazón hecho pedazos
y han perdido la esperanza.*

*El hombre honrado pasa por muchos males,
pero el Señor le libra de todos ellos”.*

Salmo 34:17 al 19 DHH



Capítulo siete

LA INOCENCIA ANTE LOS CONFLICTOS

*“¿Quién está consciente de sus propios errores?
¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente!
Libra, además, a tu siervo de pecar a sabiendas; no
permitas que tales pecados me dominen, y de multiplicar
mis pecados. Sean, pues, aceptables ante ti mis palabras y
mis pensamientos, oh Señor, roca mía y redentor mío”.*

Salmo 19:12 al 14 NVI

Hemos visto que, tras el pecado original, Adán y Eva sufrieron una modificación en su capacidad de ver. Lo sabemos porque la Biblia dice que se les abrieron los ojos (**Génesis 3:7**), y reaccionaron tratando de ocultar su desnudez, cuando momentos antes la inocencia no suponía ningún mal. La desnudez que habían disfrutado era la evidencia de que no tenían nada oculto, pero luego de taparse mutuamente, algunas partes pasaron a ser ocultas, privadas, y ajenas al otro.

La pérdida de la inocencia los llenó de motivos para ocultarse entre ellos. Antes de eso, habían sido carne de su

carne y hueso de sus huesos (**Génesis 2:23**), pero ahora cada cual tenía partes que no estaba dispuesto a compartir con el otro. Recordemos que aún no había otras personas de las cuales ocultarse, todo esto se produjo entre ellos.

Ambos experimentaron la mutación producida en su interior. Los dos sabían lo que era haber vivido en estado de inocencia y los dos abrazaron diferentes criterios de juicio. Ya no se miraban como antes, y ellos lo sabían. Había aparecido un elemento inexistente en la inocencia: “el peligro”. Cada uno comenzó a defenderse en solitario del que había sido creado para ser uno con él.

Ya no se miraban las cosas en su pureza, en su verdad, sino con una mirada desconfiada y ajena. Hasta el día de hoy, todos ocultamos mucho más que los miembros de nuestro cuerpo. Incluso entre amistades y matrimonios, todos luchan por ocultar lo más posible, no porque en todos los casos se pretenda el engaño, sino porque se considera parte de la privacidad o la independencia individual.

Esto parece lógico hoy en día, pero ahí es donde entran en juego algunos aspectos comunes de todos los pecadores, como el orgullo, el egoísmo, el celo, la envidia, etc. La falta de inocencia genera todo tipo de conflictos, por eso es tan difícil la convivencia y las relaciones entre personas, sean vecinales, laborales, familiares o sentimentales. Los seres humanos somos muy complicados porque la falta de pureza produce constantes injusticias.

La recuperación de la inocencia espiritual por parte de Jesucristo nos otorga una virtud interior extraordinaria. Esto no implica que podamos deshacernos de nuestra vieja naturaleza de manera definitiva, pero ya no ignoramos la culpa ni la condición pecaminosa, que nos hace pensar y actuar bajo un criterio de juicio limitado o ajeno de la verdad.

Los conflictos personales se producen porque ambas personas actúan con cierto grado de culpabilidad. En toda discusión, el ego es el autor de los argumentos, por eso somos tan complicados. Los bebés son inocentes. Ellos pueden llorar por dolores o caprichos, y si los retan por algo, se pueden asustar y soltar el llanto, pero no guardan rencor, porque todavía no tienen desarrollado el ego. Por eso, a los pocos minutos estarán jugando con quienes los retaron, como si nada hubiera pasado.

Aunque la palabra ego no aparece en la Biblia, sí aparecen conceptos y principios relacionados con el ego. La palabra “ego” generalmente se refiere a un sentido exagerado de auto-importancia, que resulta en una excesiva preocupación por el “yo”. Esto es alimentado por la falta de criterio de juicio basado en el estado de inocencia espiritual.

Amar al prójimo como a uno mismo (**Mateo 22:39**), es algo que no podemos hacer sin la revelación de la inocencia recuperada, porque, en menor o mayor medida, todos somos afectados por el ego, de manera que nos cubrimos, nos separamos, nos ocultamos y no permitimos que se nos acerquen, lo cual nos pone a gran distancia de

amar al prójimo. Sin inocencia, tal cosa es plenamente imposible.

Es lo que vimos en el segundo capítulo respecto de Jesús, y es necesario que reitere sus vivencias y algunos ejemplos de sus acciones, porque Él es nuestro referente. Cómo vimos, hubo hombres cuyas vidas de integridad les permitieron caminar en inocencia, pero no dejaron de ser más que sombras para darnos buenos ejemplos, pero la sustancia siempre está en Jesús. Él fue, el único totalmente inocente.

A pesar de todo lo que le hacían a Jesús, Él no guardaba ningún rencor, o lo que nos preguntamos anteriormente: ¿Cómo hizo para amar a todos, incluso a Judas, a quien besó cuando venía a traicionarlo? Él no era falso, es decir, que no los estaba soportando con resentimiento. Simplemente era inocente de todo pensamiento y sentimiento negativo.

Morir al yo es tratar de morir al pecador y funcionar en la nueva vida de inocencia espiritual. Es el modelo bíblico para que los hijos de Dios podamos ser luz. La Biblia contiene muchas advertencias contra el “yo”, por el deseo intrínseco del hombre de ser su propio dios. De hecho, todas las formas de idolatría moderna tienen al ego como su principal objetivo. Las fuerzas oscuras de esta época han convencido a muchos de que la satisfacción solo se consigue complaciendo los deseos del “yo”.

Por algo Satanás le dijo a Eva que si comían del fruto prohibido serían semejantes a Dios (**Génesis 3:5**). Lo opuesto al gobierno del ego es el gobierno del Espíritu Santo. A través del primero, se busca consciente e inconscientemente la complacencia personal, pero a través del segundo se edifica la humildad.

Las Escrituras dejan claro que Dios aborrece el orgullo y la arrogancia (**Proverbios 8:13**). Es más, fue el orgullo lo que convirtió a Lucifer en Satanás. El profeta Isaías describe el impresionante enfoque de Satanás en el yo: *“Subiré... levantaré... me sentaré... subiré... seré semejante al Altísimo”* (Isaías 14:13 y 14). Este es un ejemplo perfecto de la soberbia que precede a la destrucción (**Proverbios 16:18**), porque en el siguiente versículo de Isaías vemos dónde le llevó la soberbia a Satanás: *“Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo”* (Isaías 14:15). Cristo reiteró el destino de los orgullosos, advirtiendo que el que se enaltece será humillado (**Mateo 23:12**).

No hay poder en el orgullo porque siempre es culpable, pero, sin embargo, hay poder en la humildad porque su esencia espiritual es la inocencia. Claramente, un ego exaltado y su enfoque en el yo, no concuerdan con el llamado cristiano a la humildad. Más bien, es la antítesis de lo que caracteriza a los verdaderos cristianos: “la dependencia de Dios y el servicio al prójimo”.

Un corazón humilde no da lugar al ego, al orgullo o a la arrogancia, porque reconoce que todo lo que tenemos y

todo lo que somos viene de Dios, tal como recordó Pablo a los corintios: *“Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”* (1 Corintios 4:7). Todos los dones, los talentos y cada respiro que damos provienen de Dios, al igual que nuestro don más preciado, la salvación (Efesios 2:8 y 9). *“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida... por la ley de la fe”* (Romanos 3:27).

Jesucristo es nuestro gran ejemplo de humildad, no porque sometiera bajo control su ego, sino porque era inocente de manera integral. Nosotros no podemos procurar tal actitud sin la operación de Su gracia, porque es la vida de Cristo la que opera en nosotros y nos puede otorgar la humildad verdadera.

La absoluta mayoría de los conflictos humanos son generados por el orgullo. En todos los casos, al menos una de las partes se siente ofendida por algo, con razón o no, con derecho o no. Alguien reclama reconocimientos para sí. Jesús nunca hizo tal cosa, y eso es admirable. Hay que ser realmente inocente como para no defenderse ni atacar a los acusadores, difamadores o traidores.

Jesucristo no actuó con avidez, ni siquiera retuvo para sí el hecho de ser igual a Dios. De hecho, se encargó de aclarar que no había venido a la tierra para ser servido, sino para servir. El apóstol Pablo dijo que Jesús se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (**Filipenses 2:7**). Cuando

una persona renuncia a sus derechos por amor al prójimo, tiene que ser inocente de todo pensamiento egoísta.

Jesús trajo una nueva era para la humanidad, marcada por la restauración de todas las cosas. Por supuesto, aún no hemos entrado en lo perfecto, pero ya vivimos el adelanto de la herencia, la cual contiene la capacidad de recobrar la salud de nuestra visión espiritual, dotándonos de la misma mirada de Jesús, y de este modo poder mirar las cosas en su más pura realidad, como lo que realmente son; es decir, poder mirarlas desde la inocencia.

Sin duda, la inocencia nos proporciona el estado idóneo para el conocimiento de la verdad, y es entonces cuando somos librados de vanos conflictos. Esto es justamente lo que hace que el recurrente ejemplo de los niños nos otorgue una gran lección, porque los niños, desde su inocencia, concluyen con sencillez, lo que los adultos no podemos, justamente por la complejidad de nuestro conocimiento viciado.

Cultivar la inocencia es aprender a ver. Ignorar la complejidad y las ofensas desde la inocencia nos permitirá ser librados de reacciones que no harían más que alimentar el fuego de la hostilidad producida por el orgullo. Recuerden que la herramienta más poderosa para encontrar la verdad, que será cabalmente lo único que nos permitirá encaminarnos para vivir en la auténtica libertad, es la inocencia recuperada en Cristo.

Nada puede hacernos verdaderamente libres como la verdad, y la verdad no se puede encontrar desde la oscuridad, no se puede llegar a la verdad con una mente entenebrecida. Necesitamos la inocencia porque solo la inocencia nos proporciona la pureza de corazón para ver el Reino.

“Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despearle. Pero Él, pasando por en medio de ellos, se fue”.

Lucas 4:29 y 30 LBLA

Cómo vimos en el segundo capítulo, Jesús nació sin una naturaleza pecaminosa y creció en total integridad. Ciertamente, podría haber pecado al igual que Adán, quien había sido creado sin una naturaleza pecaminosa, y de hecho fue tentado en todo, pero nunca pecó. Esto implica que fue inocente de todo mal (**Hebreos 4:15**).

Si Jesús hubiese mentido, engañado, estafado o sostenido algún tipo de conflicto con alguien, simplemente habría pecado. Todos tenemos algunas de estas inclinaciones, pero Jesús fue absolutamente inocente. Sin embargo, fue atacado en muchas ocasiones, y de manera tremenda, al grado de acusarlo falsamente ante un tribunal y asesinarlo de manera brutal.

Este pasaje de Lucas nos muestra el primer atentado sufrido por Jesús, y si no hubiese sido por el poder sobrenatural de Dios, habría sido asesinado, pero

simplemente evadió el ataque de muerte. Lo que ocurrió fue que Jesús visitó la sinagoga, como era su costumbre, y leyó un pasaje del libro del profeta Isaías, dando a entender claramente que Él era el Cristo, algo que los judíos rechazaron por completo.

Jesús estaba diciendo la verdad: Él era el Cristo, el enviado de Dios. Jesús hablaba abiertamente de esta verdad. Él dijo: **“Yo y el Padre, uno somos”** (Juan 10:30). Algunos no entendían su afirmación, pero a causa de sus milagros lo aceptaban sin problema. Sin embargo, la reacción de los judíos en ningún caso fue muy buena; por ejemplo, le dijeron: **“Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”** (Juan 10:33). Los judíos entendían la declaración de Jesús como una afirmación de ser Dios, y eso era inaceptable para ellos.

“Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a

Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue”.

Juan 8:52 al 59

Cuando Jesús anunciaba Su identidad como el “***Yo Soy***”, estaba haciendo una aplicación directa del nombre de Dios en el Antiguo Testamento (**Éxodo 3:14**). Es por estas cosas que los judíos querían apedrear a Jesús. Sin embargo, Él no estaba diciendo mentiras, era verdaderamente inocente. Podría haberse defendido con amplios argumentos, pero nunca lo hizo. El Padre lo libró en más de una ocasión, pero Él nunca se defendió.

Esta es una de las más grandes enseñanzas del Señor para nosotros: la inocencia y la verdad no necesitan ser argumentadas ante los acusadores hostiles. A través de su silencio, Jesús cumplió fielmente lo que estaba profetizado setecientos años antes acerca de Su padecimiento: ***“Fue oprimido y tratado con crueldad; sin embargo, no dijo ni una sola palabra. Como cordero fue llevado al matadero, y como oveja en silencio ante sus trasquiladores, no abrió su boca”*** (Isaías 53:7).

Cuando Jesús estuvo delante del sumo sacerdote Caifás, los principales sacerdotes, ancianos y falsos testigos se habían amotinado y procuraban matarle (**Salmo 2:1 y 2**). La irritante acusación habría llenado aquel lugar donde se encontraba reunido el Rey de reyes y Señor de los señores.

El sumo sacerdote le preguntó: “*¿No vas a responder a estos cargos? ¿Qué tienes que decir a tu favor?*”. Pero Jesús, una vez más, guardó silencio (**Mateo 26:63**).

A la mañana siguiente, fue atado y llevado delante del gobernador romano, Poncio Pilato. Las odiadas acusaciones continuaban en boca de los religiosos que, a su vez, presionaban al pueblo para que arengaran en su contra. El veneno segregado por las palabras de los religiosos emergía por todos lados. En esta ocasión, Pilato le dijo: “*¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?*”. Pero Jesús tampoco le respondió ni una sola palabra.

Esto no ocurría porque Jesús estuviera al borde de la explosión, controlando Su ego para no decir un montón de barbaridades. Ocurría porque el corazón de Jesús estaba lleno de pureza, de inocencia y de verdadera paz. Él no veía su realidad con los ojos del pecado, Él veía como Dios, y no solamente como un hombre puro. Por eso también dijo:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas”.

Mateo 6:22 y 23

Seguramente, ante Pilato, todos los acusados procurarían defenderse, buscarían argumentos para salir absueltos. Pero Jesús hizo exactamente lo contrario: no dijo nada. Pilato presenció la hostilidad del Sanedrín contra Jesús y se sorprendió de la actitud tranquila y pacífica que Él

transmitía. Su silencio no era producto de la impotencia, sino del absoluto sometimiento a la voluntad del Padre. La inocencia de Jesús era tan evidente que no demandó defensa por su parte. De hecho, Pilato les dijo a los religiosos:

“Tomadlo vosotros y crucificadle, porque yo ningún delito encuentro en él...”

Juan 19:6

Jesús estaba dispuesto a enfrentar la pasión, el dolor, la agonía, el sufrimiento y el abandono que se desencadenarían después de las hostiles acusaciones que le estaban haciendo falsamente. Su muerte sería vergonzosa y cruel. Lo desnudaron completamente y se burlaron de Su agonía. La justicia divina demandaba la sangre del Cordero de Dios, pero la injusticia humana debía quedar en evidencia, porque los mismos responsables de ejecutarla eran todos culpables.

Ahora bien, la humillación de Cristo en obediencia al Padre, Su silencio y Su resignación fueron recompensados. Dios lo elevó al lugar de máximo honor, le dio toda potestad en el cielo y en la tierra (**Mateo 28:18**), y le dio el nombre que está por encima de todos los demás nombres (**Filipenses 2:8 y 9**).

“Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas.”

1 Pedro 2:21

Sus pisadas no nos dirigen al Calvario, pero nos dirigen a la cruz. Él nos ha dado su naturaleza, Su Espíritu y Sus virtudes para que podamos obrar conforme a Su voluntad, despojándonos de nuestra vieja naturaleza, que está viciada por la culpa (**Efesios 4:22 al 24**), y revestirnos del Nuevo Hombre, creado en la verdad y la santidad de Dios.

Aun así, debemos preguntarnos: ¿Es realmente posible no devolver mal por mal? ¿Es posible no responder acusaciones, ni defendernos de cualquier ataque? ¿Es posible amar a nuestros enemigos y bendecir a quienes nos maldicen? Generalmente, cuando alguien dice algo en nuestra contra, queremos el derecho a réplica, queremos que nos escuchen y que nos den explicaciones. Un chisme en nuestra contra, un comentario negativo en las redes sociales o un desacuerdo cualquiera, es para nosotros motivo de angustia, y lo hablamos con quienes acepten escucharnos.

Hoy en día veo a pastores atacando a otros ministros por internet, debatiéndose y discutiendo acusándose públicamente de ser falsos, ladrones, engañadores o incluso diabólicos. Esto es muy triste, porque tiene cierta lógica entre gente impía, pero entre hijos de Dios, cuyo ejemplo a seguir es nada menos que Jesús, esto no debería ocurrir.

“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”.

Isaías 53:7

En ocasiones he escuchado a predicadores utilizando el púlpito para defenderse violentamente y atacar a sus detractores. La inocencia nos otorga la virtud de callar, observando toda situación con los lentes de Dios y sin la necesidad de justificarnos públicamente.

Algunos espiritualizan la situación, victimizándose y compartiendo **Romanos 12:19**, que dice: *“No os venguéis vosotros mismos, amados míos; sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”*. Pero esto lo dicen como asegurando que, al final, quienes los han criticado deberán pagar con maldición divina lo que han osado hacer. Pero se olvidan del siguiente versículo, que dice: *“Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; porque haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza”*.

Bueno, en realidad algunos lo mencionan, pero están pensando que hacerles algún bien a los supuestos enemigos les amontona fuego para que ardan bajo el juicio de Dios. Sin embargo, este pasaje no procura inducir a tal cosa. Devolver bien por mal es un acto difícil, y diría que es imposible para nuestra vieja naturaleza. La idea de amontonar ascuas de fuego sobre la cabeza de quienes nos hicieron mal implica que, si devolvemos bien por mal, despertaremos la conciencia de quienes obraron mal y los haremos caer en arrepentimiento.

La tendencia natural de las personas es hacer todo lo contrario de lo que Jesús nos enseñó: devolver con la misma moneda lo que nos hicieron. Sin embargo, mostrar bondad a los que nos han hecho un mal es un principio fundamental de la vida del Reino.

La bondad inesperada, como respuesta a los agravios recibidos, es una gran lección para todos, y además, el Señor garantiza Su recompensa a quienes lo representen tal como lo hizo Jesús en los días de su carne. El Padre ve nuestro comportamiento generoso y nos recompensará, aun cuando otros no lo hagan.

Jesús nos respondió a nosotros mismos con todo Su amor, a pesar de nuestra condición de pecado, a pesar de que muchos blasfemamos contra Él, o lo insultamos ante un golpe o una adversidad: ***“Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”*** (Romanos 5:10). Jesucristo nos dio el ejemplo con Su amor y lo sigue haciendo, pues ***“cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”*** (1 Pedro 2:23).

En Cristo hemos recuperado la inocencia para ver con pureza, para juzgar la realidad con verdad y justicia, para recuperar la visión espiritual, y para recibir Sus capacidades. No tenemos excusa para defendernos, ni para atacar a otros. Debemos aprender de nuestro Maestro y, con abnegada humildad, debemos buscar dependencia en Él, para que nos

haga aptos para toda buena obra. Esto cambiará por completo nuestras relaciones con todo nuestro entorno. El apóstol Pablo enseñó:

“En efecto, toda la ley se resume en un solo mandamiento: ¡Ama a tu prójimo como a ti mismo! Pero si siguen mordién dose y devorándose, tengan cuidado, no sea que acaben por destruirse unos a otros”.

Gálatas 5:14 y 15

El mismo apóstol Pablo, agregó: ***“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”*** (Romanos 12:21). Por Su parte Jesús nuestro maestro dijo:

“Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan. Si alguien te pega en una mejilla, vuélvele también la otra. Si alguien te quita la camisa, no le impidas que se lleve también la capa. Dale a todo el que te pida, y si alguien se lleva lo que es tuyo, no se lo reclames. Traten a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes. ¿Qué mérito tienen ustedes al amar a quienes los aman? Aun los pecadores lo hacen así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? Aun los pecadores actúan así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al dar prestado a quienes pueden corresponderles? Aun los pecadores se prestan entre sí, esperando recibir el mismo trato. Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán

una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo”.

Lucas 6:27 al 36

Él dijo que por momentos el mundo nos aborrecería, que muchas veces nos atacarían tal como hicieron con Él. Y si somos pastores o líderes, con más razón viviremos momentos de hostilidad espiritual. También es lógico que en algún momento, aun en nuestras congregaciones, vivamos el cruce de “fuego amigo”, momentos en los que estaremos sirviendo a Dios, pero al mismo tiempo recibiendo críticas. Para avanzar, no olvidemos que en Cristo hemos recuperado el poder de la inocencia.

Por último, recuerden una ilustración muy interesante: La historia cuenta que en el desierto había dos aves: un buitre y un colibrí. Cada día, las dos aves despertaban y salían a buscar comida. Cada día, el colibrí buscaba el dulce néctar de alguna flor, y cada día, el buitre buscaba una carroña para comer. ¡Al final las dos aves encontraban lo que estaban buscando! La enseñanza es sencilla: siempre encontraremos aquello que estemos buscando, tanto en la vida como en las personas. Podemos ser como el colibrí, en búsqueda de la dulzura, o podemos ser como los buitres, que buscan la podredumbre y el hedor de la muerte.

Podemos elegir si actuaremos como Jesús o como los hombres enseñados por el diablo. ¿Actuaremos bajo el poder de la inocencia, o lo haremos ocultando la vergüenza de la

culpa y el rencor? Espero que este libro sea hasta el momento una respuesta clara a este interrogante...

“El Dios que da la paz levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas, a nuestro Señor Jesús, por la sangre del pacto eterno. Que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Hebreos 13:20 y 21 NVI



Capítulo ocho

¿CÓMO GESTIONAMOS LA INOCENCIA?

***“He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece;
más el justo por su fe vivirá”.***

Habacuc 2:4

Quería terminar este libro con una interrogación Imaginaria, ya que, después de lo que para mí es claro respecto de la inocencia, pensé: ¿Qué ocurriría si alguien, después de leer todo el libro, me dijera: “Maestro, la enseñanza está muy buena, pero, ¿cómo hago para gestionar mi vida y mis relaciones desde la inocencia recuperada?”

Esa pregunta me desafía con justicia, porque no me gustan las enseñanzas que suenan bien pero no son aplicables. Más allá de la profundidad que puede tener una enseñanza, creo en un evangelio práctico, y por ese motivo siempre busco respuestas para mis hermanos.

Todo lo que recibimos en Cristo, sean dones, talentos, capacidades, virtudes y todo lo concerniente a Su cuerpo, Su santidad, Su justicia, Su posición, Su pacto, Su herencia o Su

inocencia, se obtienen por gracia, no por obras muertas que podamos realizar. Todo en el Reino es otorgado por gracia, pero nosotros accedemos a ese derecho por la fe.

Por su parte, la fe que necesitamos no es la fe humana, la fe del alma, que por cierto tiene su poder, pues es evidente que muchas personas hacen grandes cosas movidas por esa fe. Sin embargo, esa no es la fe que el Reino demanda. La fe que Pablo menciona en **Gálatas 5:22** es una fe que proviene del Espíritu; por eso es mencionada como su fruto, y no como nuestra simple capacidad de creer.

Todos los hijos de Dios recibimos una medida de fe determinada por el Señor (**Romanos 12:3**). Esa medida de fe no es estática, sino dinámica, y podemos desarrollarla (**Mateo 17:20**). No es mi propósito abordar aquí cómo hacerlo, pero todos los hijos de Dios debemos vivir por fe, y sabemos que esta viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios (**Romanos 10:17**).

Hace un tiempo escribí un libro titulado “Liberando el poder de la fe”. En él desarrollo ampliamente el tema de la fe y recomiendo su lectura para comprender cómo activarla, desarrollarla, y a través de ella, acceder a las riquezas integrales de la gracia.

Ahora bien, respecto de la inocencia, podemos saber que la hemos recuperado en Cristo, y es nuestra fe la que debe asimilar que esta verdad eterna debe transformarse en nuestra

realidad presente, simplemente porque es más fuerte y más real que lo que experimentamos de manera natural.

Es decir, naturalmente podemos vernos como siempre, pero debemos creer la verdad de que todo lo recibido en Cristo es un hecho. No es algo que Dios hará algún día, sino algo que ya nos ha sido otorgado después de la obra consumada en la cruz del Calvario. Nuestra realidad presente puede tener muchos matices, pero es la verdad eterna la que define nuestra condición y nuestras posesiones espirituales.

Una vez que creemos con absoluta sinceridad que somos inocentes en Cristo, porque la condena por nuestra culpa ya ha sido cumplida por Jesucristo, debemos pedir a Dios que, en Su luz, nos muestre la luz de la verdad (**Salmo 36:9**).

El gran problema que enfrentamos en los conflictos de la vida somos nosotros mismos, y la única manera de destrabar situaciones es funcionando en Cristo. El apóstol Pablo enseñó:

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta”.

2 Corintios 10:4 al 6

Los argumentos, las fortalezas y las altiveces se producen porque nuestra mente está afectada por la culpa del pecado. Dios no pretende derribar las defensas del diablo, sino las nuestras, porque, si por el Espíritu nos muestra la verdad, todos los paradigmas erróneos que nos llevan al mal pueden caer por tierra. El mismo apóstol dijo:

“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él”

Colosenses 1:21 y 22

Si éramos enemigos, es porque la culpa entenebreció nuestra realidad. Lo que le ocurrió a Adán fue que, después de pecar, descubrió que pensaba de manera diferente a Dios, y esa ha sido la constante de la humanidad. Jesucristo vino a demostrarnos que se puede pensar como Dios piensa y no como piensa el mundo, pero eso solo se puede lograr con Su mente y no con nuestra teología.

Una vez más: ¿Cómo pudo ser que Él no tuviera miedo en medio de una tormenta? ¿Cómo hizo para caminar sobre las aguas? ¿Cómo hizo para no temer a los demonios? ¿Cómo determinó orar por pan en lugar de ir a comprarlo? ¿Cómo fue que no pensó nada indebido estando ante mujeres hermosas? ¿Cómo no se ofendió con el descrédito de Su familia? ¿Cómo no se indignó con el abandono de sus setenta discípulos después de una enseñanza? ¿Cómo hizo para no

enojarse ante tanta hipocresía? ¿Cómo no reaccionó con enojo ante tanta humillación y mentira en su juicio y en su crucifixión?

La inocencia, la respuesta siempre es la inocencia, una y otra vez, cuando observamos a Jesús, solo podemos ver un corazón inocente. No había pensamientos impuros en Él. Era como un bebé que no tiene maldad, que no puede pensar cosas feas porque las desconoce. Si Él hubiese pensado algo malo o perverso, simplemente habría pecado, pero no lo hizo, porque su mente y su corazón eran puros, no había tinieblas en Él.

Él no dijo: ***“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen...”***, mientras por dentro deseaba que les cayera un rayo del cielo. Él no era mentiroso ni guardaba dobles intenciones. Nunca pensó algo malo contra quienes lo escupieron, contra quienes le arrancaron la barba o contra quienes lo humillaron con insultos. Él simplemente amó a todos. Eso es extraordinario, eso es desconocido para nosotros. “Ese es el poder de la inocencia”.

Yo me pongo feliz cuando me halagan y trato de ser medido, pero me alegra que mis enseñanzas sean de bendición para mis hermanos. Me incomodan las críticas y trato de que no me afecten, pero, en el fondo, me cuesta lidiar con la hostilidad y la falta de diálogo. Me duelen muchas situaciones de la vida y peleo contra la tristeza, pero veo que el mal me acecha con dudas y pensamientos negativos.

También sé que vendrá lo perfecto y me refugio en la fe, pero, al final, comprendo que soy mi peor enemigo, y pretendo morir cuando me reconozco. No me gusta la culpa del muerto que llevo atado, ni me gusta reconocermé en pensamientos vanos. Sin embargo, valoro hasta el infinito que no tenga que soportar esa vergüenza ante el Padre. Me llena de paz saber que mi vida está escondida en Cristo y que esa fusión me hace acepto ante el Santo, Santo, Santo.

Es entonces cuando puedo valorarme en Cristo, pero ciertamente desprecio mi pecaminosidad. Quisiera poder pensar solo con la mente de Cristo y quisiera poder sentir solo con Su corazón, pero todavía hallo que el mal está en mí, y que necesito desesperadamente Su gracia cada día.

No importa cuántos años de servicio pueda tener, cuántos sermones haya predicado o cuántos libros haya escrito. No importa cuántos viajes haya realizado para servirle ni cuántos días haya dedicado a trabajar para Él. Nada puede sostenerme, excepto Su persona. Si no fuera por Cristo, solo sería un trapo de inmundicia pretendiendo ser útil.

Por otro lado, cuando caigo en el abismo de mi inoperancia, me siento amado por Él. Me siento rescatado de esa vana manera de vivir. Me siento posicionado y coronado de favores y misericordias inmerecidas. Entonces llego a comprender que soy inútil, pero eternamente amado por el Señor. ¿Qué otra cosa puedo pretender?

¿Acaso hay algo en este mundo que pueda satisfacerme o darme plenitud eterna? Entonces me valoro por Su amor y me desprecio por mi incapacidad. Quisiera no ofenderlo nunca, pero hallo que no puedo sino ofenderlo de continuo. Descubro que me ha devuelto la inocencia y, sin embargo, sigo siendo culpable a cada paso.

Quisiera no defenderme nunca, quisiera no abrir mi boca ni tener pensamientos vanos. Quisiera no pretender metas ni padecer deseos, pero aún estoy vivo. Entonces entiendo al apóstol Pablo, quien, después de todo lo que vio, llegó a comprender que hay dimensiones que solo pueden ser alcanzadas por la muerte.

Yo todavía no he visto tanto, porque aún procuro escapar de la muerte. No porque dude de que todo lo que me espera es verdaderamente mejor, sino porque, en algún oscuro rincón de mi ser, todavía me sigo defendiendo. Es entonces cuando descubro que el culpable todavía me habita.

Entiendo que lo perfecto llegará, que no hay paliativos para sobrellevar nuestra humanidad, y que lo mejor que podemos hacer es quitarnos todo el crédito, no defender nuestros argumentos y abandonarnos en humildad ante Su presencia. Entonces descubriremos que se terminan las defensas, los pleitos y las vanas intenciones.

Quisiera presentarles una receta más sencilla para abrazar por completo la inocencia, pero mientras estemos

ligados a nosotros mismos, no terminaremos de comprender definitivamente los alcances de su verdadero poder.

¿Esto es como decir que debemos saber, pero no podemos vivir en la inocencia recuperada? No, de ninguna manera, y debo ser claro en esto. Así como tenemos un adelanto de nuestra herencia, así también podemos vivir, en mayor o menor medida, lo que Cristo nos ha otorgado. Llegará el día de lo perfecto, pero mientras tanto, podemos alcanzar y disfrutar mayores dimensiones de Su presencia.

Es como decir: Un día me voy a deshacer por completo de mi vieja naturaleza, pero mientras tanto la voy a despreciar, la voy a descalificar y la voy a degradar cada día, porque deseo despojarme de mí, porque mi vieja naturaleza solo me ofrece pensamientos y deseos viciados por la culpa.

Hasta el último día de mi vida en este cuerpo de muerte, voy a perseguir una sola cosa que Pablo me enseñó: Asirme de aquello por lo cual fui asido por el Señor, pretendiendo ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos **(Filipenses 3:9 al 11)**.

Entonces, cada vez que me encuentre en un conflicto, cada vez que sea atacado, cada vez que sienta temores,

rencores o resentimientos, me preguntaré: ¿Cristo pensaría así? ¿Cristo sentiría lo que yo siento? Entonces me descubriré, pediré perdón y me negaré con cierto enojo.

Hoy por hoy, lo intento con perseverancia y lucho contra mí mismo, porque me descubro reclamando cosas, pero al mismo tiempo, no deseo complacerme. Lucho por vivir, pero, a la misma vez, quisiera deshacerme de este cuerpo de muerte. Argumento mis penas, pero al mismo tiempo no me creo merecedor de nada. Me deseo lo mejor y alimento mis sueños, pero tampoco puedo engañarme, porque sé muy bien que son vanos. Procuero valorarme porque sé que el Señor pagó precio de sangre por mi vida, pero, a la vez, reconozco que no descubro ese valor en mí, porque mi mente está afectada por la culpa.

Entonces, quito todas las fortalezas, los argumentos y las altiveces ante el Padre. Me inclino ante Él y entrego mi corona, tal como los ancianos ante Su trono, porque sé que nada sé, y que nada puedo fuera de Cristo. Sin embargo, doy gracias y alabo a mi Señor porque puedo deleitarme en Él y porque todo abandono de mí, para pensar y sentir con Su inocencia, realmente vale la pena.

Debo confesar también que, así como me reconozco en mi vieja naturaleza, también suelo desconocerme en Cristo, y eso produce un extraordinario gozo, porque Él deja de ser alguien en quien creo y pasa a ser alguien en quien vivo, y a quien puedo ver, oír y sentir a través de mí mismo. Entonces, ¿cómo no querer morir a mi culpa para vivir en Su inocencia?

¿Cómo no querer dejar de ser, para recibir Su esencia?
¿Cómo no desear el despojo de mi vieja naturaleza, para vivir
en la plenitud de Su gloriosa inocencia?

***“He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que
Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo
por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida
por mí. No desecho la gracia de Dios. Si la justicia se
obtuviera por medio de nuestras obras, Cristo habría
muerto en vano”.***

Gálatas 2:20 y 21 PDT



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

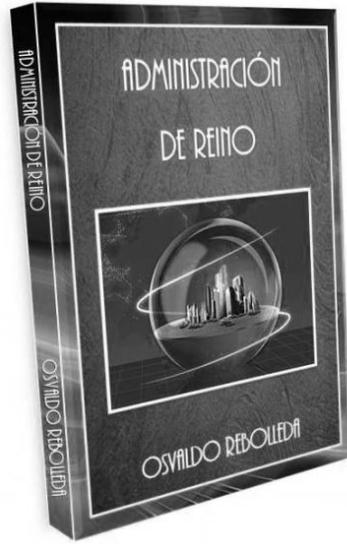


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

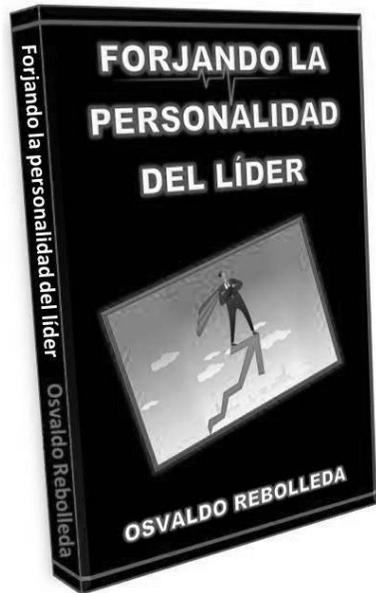
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

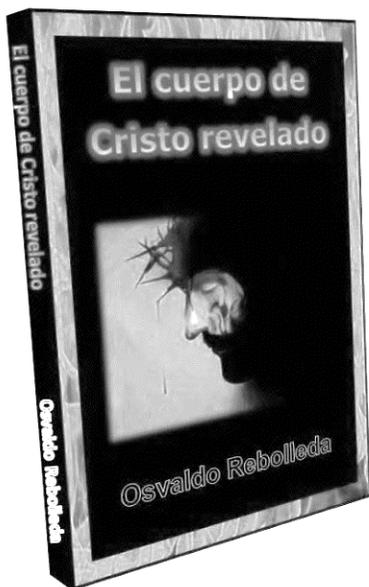
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



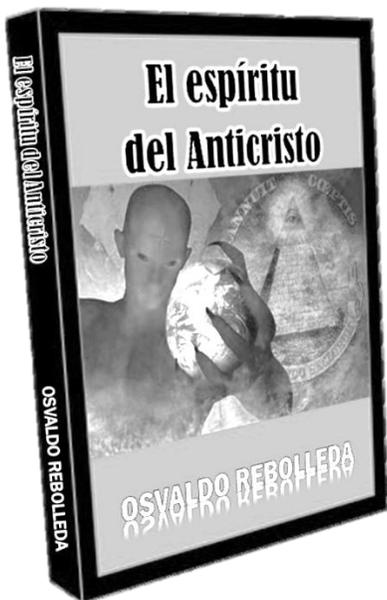
www.osvaldorebolleda.com



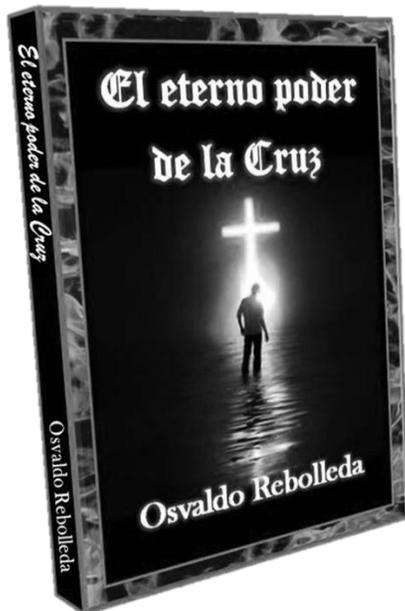
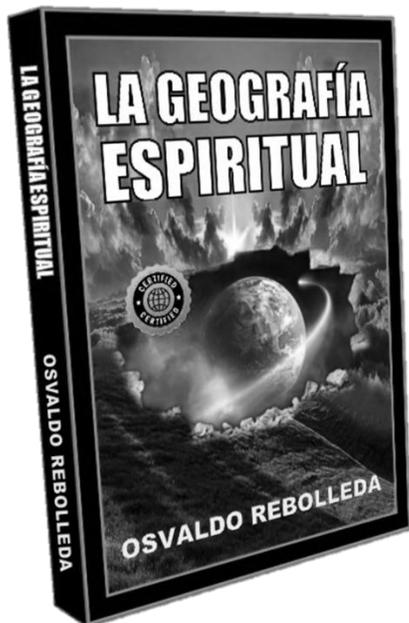


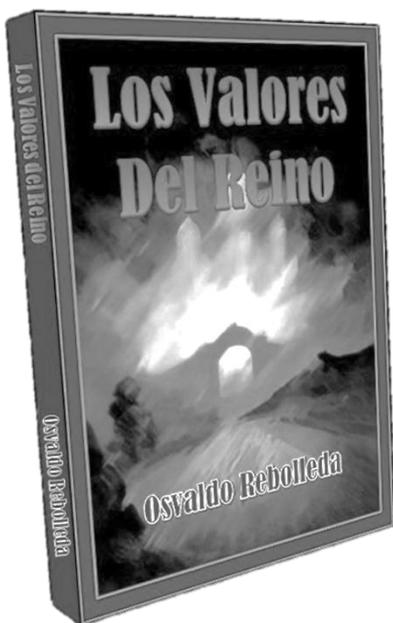
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

